

FOTOCOPIADORA ZY

# ZONA LIBRE

El misterio  
de Crantock  
Sergio Aguirre

GRUPO  
EDITORIAL  
**norma**

Aguirre, Sergio  
El misterio de Crantock - 1<sup>a</sup> ed. -  
Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 2004.  
144 p.; 21 x 14 cm. - (Zona libre)  
ISBN 987-545-168-1  
1. Narrativa Argentina I. Título  
CDD A863

© Sergio Aguirre, 2004  
© Editorial Norma, 2004  
en español para todo el mundo  
A.A. 53550, Bogotá, Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial  
de esta obra por cualquier medio,  
sin permiso escrito de la Editorial.

Primera edición: abril de 2004  
Segunda reimpresión: julio de 2005

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Armado de tapa, Ariana Jenik y Eduardo Rey  
Diagramación: Daniela Coduto

CC: 19106  
ISBN: 987-545-168-1

## **ÍNDICE**

1943	7
1954	9
1957	23
1963	37
1967	51
1972	63
1977	79
1986	93
1994	105
EL ÚLTIMO DÍA	117

El rumor de que en Crantock ocurría algo que escapaba a la razón y a la naturaleza siempre se mantuvo vivo entre sus habitantes. Pero era tan apacible y generosa la vida en aquel lejano valle del sur, que nada hacía esperar el curioso final que tuvo el pueblo de Crantock, esa horrenda tarde de enero.

Era un lugar cuya belleza difícilmente olvidaban quienes alguna vez lo vieron, en medio de ese profundo valle. En uno de sus extremos se erguía el Perimontu, con sus cúspides eternamente nevadas. A sus pies la región se extendía verde y esplendorosa, dividida por el río que bajaba serpenteando entre los

bosques para atravesar el pueblo y los prados y perderse, otra vez, en la hondura de la vegetación. Las casas, como una breve pausa de grises en el medio del valle, se amontonaban hacia el centro y se esparcían, cada vez más distanciadas, hasta confundirse con las granjas, en las afueras. A su alrededor se veían los sembradíos, pequeños e irregulares, que desde la altura semejaban retazos de telas verdes unidos por costuras de piedra.

Crantock había sido fundado en 1928, cuando un grupo de inmigrantes escoceses descubrió aquel paisaje que evocaba su tierra de origen. Entonces construyeron las primeras casas con las piedras de la zona e hicieron los primeros cultivos. Y en muy poco tiempo se transformó en lo que después sería: un lugar bello, próspero y tranquilo.

Pero cuando la última luz del día se apagaba, cuando las calles y los jardines quedaban desiertos y en el bosque sólo se oía el grito de la lechuza, algo secreto irrumpía en el silencio de la noche, en cualquier rincón del valle, sin que nada lo anunciase, como sobreviene lo oculto, lo que no se puede comprender.

1943

En esa época, la única iluminación de las calles consistía en pequeñas lámparas de metal, en forma de campana, suspendidas en cada una de las esquinas de Crantock. Era una apacible madrugada de verano, y aún faltaban dos horas para el amanecer, cuando las hojas más altas de un roble, en la plaza, emitieron un suave murmullo, como si una brisa, en esa noche sin viento, las hubiese movido sólo a ellas. Un instante después, se escuchó un pequeño estampido. La lámpara, en esa esquina, había caído al suelo.

Permaneció allí exactamente cuatro segundos.

**1954**

Alma entró al bosque después de mirar hacia todos lados. Nadie la había visto salir por los fondos de su casa, ni cuando corrió hacia la montaña, antes de desaparecer entre los árboles. Eran las siete de la tarde de un día de verano. Sus padres estaban en el campo y su hermana visitaba a los abuelos. No volverían hasta la hora de la cena.

Una sola vez se habían encontrado allí, pero recordaba el sendero que conducía a los dos claros; uno pequeño, y más arriba el grande, donde Juan la esperaba. Se había puesto su vestido rojo. Debía tener cuidado de que la maleza no lo ensuciara. Su madre se daría cuenta.

Llegó al primer claro, una especie de terraza desde donde divisó el pueblo, allí abajo, y los montes, del otro lado del valle. Cuesta arriba, la vegetación se hacía más cerrada, los senderos más estrechos y el sol apenas penetraba por el follaje. A través de la espesura parecía un punto rojo, vivo, moviéndose en el verde profundo del bosque.

Las ramas bajas la obligaban a caminar con dificultad, mientras sentía la hierba húmeda rozando sus piernas. Podía escuchar los latidos de su corazón. Pensaba en él, en todo lo que tenían que hacer para estar juntos. De pronto se detuvo. Dudó de que hubiese tomado el camino correcto. No reconocía aquel lugar. Allí la arboleda, más frondosa, cobraba mayor altura y ya era imposible ver un pedazo de cielo. Aquél era un lugar oscuro y fresco. Un silencio asombroso parecía brotar del bosque. Alzó lo ojos y vio a un pájaro posado en una rama. El pájaro, al advertir su presencia, huyó volando raso entre los troncos de los árboles.

-Me hiciste esperar...

Alma se volvió en dirección a la voz. Era Juan, que salía de atrás de unos arbustos.

Se acercó a ella, la abrazó, la besó, y tomándola de la mano la condujo hasta detenerse al pie de un árbol.

-¿Qué pasa? -preguntó Alma.

El muchacho la miró de una manera extraña, y le rozó la mejilla con el dorso de la mano. Después, sin contestarle, llevó su mano al bolsillo del pantalón y sacó una navaja. Con la navaja en el puño, se dio vuelta e hizo saltar un trozo de la corteza del árbol, después

otro, y así hasta que apareció la primera letra de sus nombres. Ella lo observaba y sonreía, hasta que él concluyó, encerrándolos en un corazón: Alma y Juan. Era un corazón feo y desprolijo, con uno de los lados deformes, pero a ella le pareció lo más hermoso que había visto en su vida.

Más tarde descendían rápidamente por el sendero. Cuando llegaron al primer claro alcanzaron a ver, en el poniente, que el crepúsculo parecía un enorme incendio oculto detrás de los cerros, y que a través de las curiosas formas que las nubes habían tomado en esa parte del cielo, despedía vapores blancos, lilas, amarillos y púrpuras.

Alma no recordaba un atardecer así. Sentía la mano firme de Juan tomándola de la cintura, y le pareció que descubría, por primera vez, el cielo. Alma jamás había sido tan feliz.

Nunca más regresaron a ese lugar del bosque. Aunque ella volvería a ver ese árbol, por accidente, cuarenta años después.

\* \* \*

Una ventosa noche de otoño, el padre Castillo se hallaba sentado junto al hogar, en su sillón de madera. En la mano sostenía un vaso de ginebra. No era habitual que el padre Castillo permaneciese despierto hasta esa hora, y tampoco que tomara alcohol. Pero no conseguía dejar de pensar en la última confesión de esa tarde.

Como todos los jueves, el padre Castillo había abierto las puertas de la iglesia más temprano para permanecer en el confesonario hasta la hora de la misa. Aunque no estaba en su naturaleza demostrarlo, sentía una gran preocupación por sus fieles, y después de la cena destinaba un momento para meditar sobre las confesiones que había escuchado. Fueron cinco, esa tarde: Lucía Babor, Olivia Reyes, la señora Bean, el niño de los Muro, y la señora Fogerty.

Lucía, la menor de los Babor, confesó malos pensamientos, y uno en particular: que el novio de su hermana se moría.

Tratándose de semejante individuo, el padre Castillo no se sorprendió de que alguien se viera asaltado por tales pensamientos. Sin embargo, en la confesión de Lucía había percibido algo más que pensamientos: un deseo. Y el padre Castillo sentía temor de algunos deseos. Especialmente si provenían de una niña de trece años.

Lucía dijo que Juan decía cosas malas de "una persona" que ella quería mucho. Pero no mencionó su nombre. Eso lo alarmaba, porque sólo había una razón para ocultarlo: esa niña estaba enamorada. Aunque Lucía era apenas una criatura, el padre Castillo temía lo peor. Lo ocurrido con Alma, su hermana mayor, era el tipo de cosas que podía suceder: Alma esperaba un hijo de Juan Vega. En pocas semanas, al menos, se casarían. Todo el pueblo sabía que Juan no era un buen muchacho, pero Alma, la dulce Alma, se había enamorado. ¿Qué le esperaba a esa niña, al lado de alguien tan violento? Secretamente, el padre Castillo consideraba que el amor

terrenal era a veces una enfermedad, inevitable tal vez, pero una enfermedad al fin. Y aún más en los jóvenes. Sólo una enfermedad lograba enturbiar el juicio de esa manera y conducir a la equivocación, a la infelicidad. Sin embargo no fue lo que le dijo a Lucía en el confesonario. Le explicó, en cambio, que los actos impuros manchan el amor, e insistió en que recordase que el verdadero amor podía esperar todo el tiempo que fuera necesario.

La señora Bean sólo encontró un pecado para confesar esa tarde. Desde muy joven, Francisca Bean había desarrollado una impresionante obsesión por la limpieza, que comenzó por su casa, y gradualmente fue extendiéndose a su alma. El esposo, un hombre de carácter débil, había muerto a los pocos años de casados, antes de que hubiesen tenido hijos. Desde entonces adquirió el extraño hábito de detenerse, en cualquier momento de la jornada, para revisar su conciencia. Había llegado, incluso, a inventar un tipo de pecado: "el pecado silencioso". El que, "por astucia del diablo no penetra en la conciencia", decía. "Como las bacterias: no se ven, pero están". Aunque el padre Castillo la consideraba una devota ferviente, en el pueblo muchos opinaban que era una fanática. Para otros, en cambio, una mujer muy religiosa; aunque en muchas ocasiones, durante la misa, estos últimos no podían evitar reírse de los tonos dramáticos que utilizaba la señora Bean al rezar. Esa tarde el padre Castillo la escuchó confesar que había dado mal su receta de galletas de jengibre a una vecina. Cincuenta gramos de harina de más eran suficientes

Sergio Aguirre

para que no salieran igual. Después de todo era su receita, y todos en Crantock sabían que las mejores galletas de jengibre eran las que ella hacía. *"¿Vanidad, nunca dejarás tranquilas a las mujeres?"* había repetido por horas la madre del padre Castillo una noche, maquillándose sin descanso frente al espejo, mientras él trataba de dormir. El sacerdote ahuyentó esa imagen de su infancia y volvió a la señora Bean. A pesar de que en el confesonario ella asentía permanentemente con la cabeza, diciendo "Sí padre, sí padre", él sospechaba que no podía escuchar sus consejos. A veces temía por ella, por su salud. Porque consideraba que la señora Bean era, por sobre cualquier otra cosa, una mujer extremadamente frágil.

Tomás Muro, el hijo del verdulero, confesó mentiras. Mintió al decirle a su madre que, cuando se encerraba en su habitación, estudiaba. Mintió cuando dijo que había realizado las curaciones a la pata del caballo de labranza: la infección avanzaba. Mintió al decir que fue él quien había reparado el alambrado que separaba su granja de la del vecino, como se le había ordenado. El niño suponía que su padre había hecho el arreglo, como otras veces, para cubrirlo ante su madre. Lo que aún no entendía era por qué, cuando Tomás le preguntaba, su padre insistía en negárselo. Pero todo saldría, tarde o temprano, a la luz. Ahora temía el castigo, pero no el divino. Temía que su madre le hiciera cumplir algunas de sus interminables penitencias y lo humillase, como siempre, delante de sus amigos o de los clientes del negocio. El sacerdote le recordó que la pereza era un pecado capital. Y un pecado muy peligroso.

*El misterio de Crantock*

Olivia Reyes le preguntó, después de un largo rodeo, si era pecado matar una gallina para realizar un "encanto", porque ella quería enamorar a un muchacho. Al padre Castillo lo apenaba que una joven como Olivia, buena y reservada, se sintiera tan fuertemente atraída por el esoterismo. El sacerdote le respondió que los únicos misterios eran los del Señor. Las fantasías, así como la creencia en magias y encantamientos, repetía en sus sermones, turbaban la correcta percepción, el correcto pensamiento, y el pecado era precisamente eso: un error, un tropiezo de la inteligencia. Su misión consistía en devolver al confeso a la razón. La razón, y sólo la razón –decía una y otra vez– nos diferencia de los animales y nos conduce a la verdad, a Dios.

Por eso lo perturbaba la confesión de la señora Fogerty.

Ella se había arrodillado en el confesonario luego de mirar hacia todos lados, como si alguien la hubiese seguido, y de inmediato el sacerdote reconoció, en la voz de aquella mujer, los signos del miedo. La señora Fogerty comenzó a hablar, las palabras le bullían en la boca y le salían a borbotones. Y a poco de comenzar, por primera vez en todos sus años de sacerdote, el padre Castillo no quiso seguir escuchando, y dijo:

–Usted no pudo ver *eso*.

La señora Fogerty, un ser piadoso y servicial, había perdido a su marido hacía poco tiempo, y ahora esto. ¿Qué pecado la hacía merecer semejante castigo? Sentía que algo en él se negaba a presenciar

tal degradación del espíritu, esa enfermedad que deforma a las personas hasta transformarlas en otra cosa, en otros. Porque para el padre Castillo, si existía algún demonio, éste se llamaba locura.

El padre Castillo miraba fijamente el vaso de ginebra. Estaba vacío. Pensó que era hora de acostarse cuando se oyeron los golpes en la puerta.

Se dirigió hacia la entrada de la sacristía. Un muchacho alto, cubierto con una capa, esperaba.

—Padre, es por el señor Romero. El doctor no cree que pase la noche...

—Voy enseguida.

Tras cerrar la puerta el padre Castillo desapareció por el corredor que conducía a la iglesia y regresó con agua bendita, la estola y la Biblia. Se puso el abrigo y salió hacia la noche. Una ráfaga de viento lo recibió en el callejón. La luna alumbraba la figura del sacerdote que se alejaba caminando junto a los muros de la iglesia.

La iglesia de Crantock era una réplica, en dimensiones reducidas, de una antigua catedral de Escocia. Una construcción sobria, levantada enteramente en piedra, al igual que las calles y las primeras casas del pueblo, y cuyos únicos ornamentos eran la torre y las figuras de los doce apóstoles, seis a cada lado, elevándose sobre el tejado de pizarra.

El padre Castillo atravesó la plaza, donde el viento helado arrancaba de las desnudas ramas de los árboles las últimas hojas secas, y desplazaba en el cielo unas

gruesas nubes que a intervalos, ocultando y descubriendo la luna, de pronto lo oscurecían todo, de pronto lo iluminaban.

Cuando llegó a la casa de los Romero, la mujer lo recibió tomándolo de las manos:

—¡Padre...!

Dos ancianas se levantaron de sus asientos cuando el padre entró en la sala. La señora Romero, señalando hacia una puerta, rompió en sollozos. El sacerdote entró a la habitación. Había visto al señor Romero hacía dos semanas, pero ahora le costaba reconocerlo. Le impresionaba el modo en que envejecía una persona cuando se acercaba la hora de la muerte. El hombre robusto que había conocido, era un anciano. Se sentó a un costado de la cama:

—¿Quieres confesarte?

Los ojos del hombre se abrieron. Los movió en dirección al techo, las paredes, la ventana, una, otra vez, hasta que se detuvieron en el rostro del sacerdote. Parpadeó, como si recién notara su presencia, y murmuró algo que el padre Castillo no alcanzó a oír. Por eso inclinó su cabeza hasta muy cerca de los labios del moribundo:

—Dime.

Entonces escuchó, en un susurro:

— ¡Padre, ésta no es mi casa! ¡Ésta no es mi casa...!

Al decir esto giró su cabeza, y permaneció con la vista fija hacia un costado de la cama, indiferente a la presencia del sacerdote.

Al salir de la casa el viento se había calmado. El sacerdote pensaba en el señor Romero. Ojalá Dios no le permitiera a él morir así, perdido en la insanía. Alzó la vista al cielo. Observó las nubes oscuras, con sus bordes brillantes por la luz de la luna, deslizarse lentamente. Desde allí se apreciaban los tonos grises y fantasmales que esa noche arrojaba sobre los tejados. De pronto, aunque no era necesario pasar por allí para regresar a la iglesia, dobló en la siguiente esquina y después de algunos metros se detuvo para asomarse a través del alto seto de ligustros que separaba la calle de un jardín. Era la casa de la señora Fogerty, serena y en penumbras, confundida entre las copas de los árboles.

Sin saber muy bien qué lo había llevado hasta allí, sus ojos recorrieron el jardín casi oculto por las sombras.

No veía nada.

Por segunda vez en esa noche, recordó a su madre:

"Se llaman alucinaciones", le había explicado el doctor cuando finalmente la llevaron a ese hospital de la ciudad, "es algo que les pasa a las personas cuando están muy enfermas". La tarde anterior ella había estado nerviosa. Decía que un hombre, un hombre con cara de gato, la esperaba en la habitación contigua. Que lo veía a través de la puerta abierta. "Eso no puede ser, mamá..." "¡Te digo que está ahí!" gritó, y entonces él se asomó a la habitación. Estaba vacía. "¿No lo ves?", le preguntó ella abrazándolo. Los brazos de su madre eran fuertes. "¡Me viene a buscar porque soy la más linda!", chilló, y comenzó a dar alaridos cada vez más intensos.

También él empezó a gritar, con la mirada fija en ese cuarto vacío, hasta que logró escapar. Salió de la casa y se arrodilló para rezar y pedirle al Señor que lo salvase, que lo alejara de aquella mujer.

Pero a diferencia de su madre, pensó el padre Castillo, la señora Fogerty había dado detalles. La recordó, mirándolo a través de la rejilla del confesionario, preguntándole:

—*¿Es Dios?*

—*Dios no hace esas cosas.*

Comenzó a rezar en voz baja para que Dios amparara a esa pobre mujer. Para que la guardase y la protegiese. Otra de sus hijas había perdido la razón.

—Temo que cree usted demasiado en la razón, padre Castillo —le había dicho Jeremías Crane, el intendente del pueblo, en una de sus charlas—. Sabe muy bien que no soy creyente, pero en su lugar yo confiaría más en Dios que en la razón.

De pronto sintió deseos de correr.

*Usted no pudo ver eso.*

Con paso apurado, el sacerdote atravesaba la plaza en dirección a la iglesia cuando de pronto volvió a su memoria el recuerdo de ese horrible día de noviembre, en su pueblo natal. El día de la Virgen de los Milagros.

La procesión estaba a punto de comenzar. La encabezaban el cura párroco y él, junto al otro monaguillo. El pueblo, como era la tradición, esperaba frente a la iglesia para cargar sobre sus hombros la imagen de la Virgen, y recorrer tres veces la plaza. Al fin las puertas

se abrieron. En el fondo, en una caja de cristal detrás del altar, se veía la imagen de la Virgen, de pie, en tamaño natural con su corona repleta de piedras y la capa bordada de ornamentos dorados y encajes que sobresalían entre el brillo del raso celeste, inmaculado. Desde un tragaluz, a esa hora, un rayo de sol caía oblicuo sobre la caja produciendo un efecto celestial.

El grupo marchaba al rezó del Ave María. La voz del sacerdote iniciaba la plegaria, y los fieles la concluían en un susurro.

Entonces se escuchó un grito ahogado.

Le siguieron otros, en medio de un murmullo creciente. Una mujer se desplomó en el suelo, pero nadie la socorrió, y alguien, a pocos metros de la imagen, se puso de rodillas ante aquella visión.

La Virgen estaba moviéndose.

Todos vieron cómo extendía sus brazos y abría la caja de vidrio. Muy lentamente adelantó un pie, luego el otro, y salió. Con la majestuosidad de una reina, comenzó a bajar los escalones de mármol, y avanzó hacia ellos. Algunos retrocedían, otros se postraban llorando, atontados por el milagro. Y él no podía sacar sus ojos de aquella imagen viviente. La veía inclinar graciosamente la cabeza hacia ambos lados, como si saludase a sus súbditos, con una sonrisa que ahora dejaba ver esos dientes... Entonces la imagen habló, con una voz conocida:

—Gracias, puedo ir caminando...

Era su madre.

De pronto, una nube se corrió y la luna volvió a iluminar el pueblo. En el callejón el viento arremolinaba unas hojas que finalmente desaparecieron en algún cono de sombra, y el padre Castillo recordó sus palabras, para concluir aquella charla con Crane:

*—Si perdemos la razón perdemos todo.*

Sus pasos eran lo único que se escuchaba en el silencio de la noche. Y no había avanzado más que unos pocos metros por ese oscuro pasaje cuando otro ruido, que no era el de sus pies, lo detuvo. Parecía provenir desde algún lugar en los muros de la iglesia, en lo alto.

Fue cuando alzó los ojos y vio que San Pablo Apóstol movía, como si fuera un muñeco de piezas ensambladas, uno de sus brazos.

1957

Padre Benjamín:

Quiero que reciba mis disculpas por escribirle esta carta, tanto tiempo después de mi partida de Crantock. Tengo la seguridad de que el Obispo lo ha puesto al tanto de las razones por las cuales me he retirado de la diócesis. Sospecho que el Señor me hará cargar con la misma cruz que a mi madre, y estoy dispuesto a aceptar ese destino. Padre Benjamín, le deseo lo mejor. Mis oraciones estarán con usted.

Que Dios nos ayude.

Padre Ramón Castillo

El padre Benjamín dobló la carta, la guardó en el último cajón del escritorio, y lo cerró

con llave. Todo lo referente al caso del padre Castillo ameritaba reserva. Sabía por el señor obispo que en su familia hubo antecedentes de enfermedad mental, aunque nunca, en todos sus años en Crantock, había mostrado indicios de ello. Sin embargo, hacía dos años, se encerró un día en su habitación, negándose a salir siquiera para dar misa. Y una semana más tarde, cuando arribó el único coche de pasajeros que llegaba hasta el pueblo, se fue. Desde entonces permanecía en una casa de descanso de los padres Salesianos, en las sierras de Córdoba.

Muchas cosas se dijeron acerca de la abrupta partida del padre Castillo. Se habló, incluso, de alguna relación con otra huida del pueblo, en la misma época: la de la señora Fogerty. Chismes de pueblo. El padre Benjamín, por expresa indicación del obispo, se encargó de aclarar la razón de aquella conducta: un repentino problema de salud que sufriera el sacerdote. Y después, echar un manto de silencio sobre todo aquel asunto.

El padre Benjamín se levantó del escritorio y fue a la cocina a poner el agua para su té de la tarde. La esposa del doctor Finn le había traído esa mañana una tarta de manzanas y aún le quedaban galletas de jengibre de la señora Bean. Al parecer, una de las tradiciones de Crantock era que, cada semana, una mujer del pueblo le acercara al sacerdote algún dulce. Todas la cumplían rigurosamente, rotando por turnos, a excepción de la señora Bean, que insistía en traerle sus galletas, casi en secreto, todas las semanas. Argumentaba que él era muy joven y delgado y debía alimentarse bien

para servir a Dios. La señora Bean no tenía muchas amigas, que él supiera, y temía que sus atenciones provocasen algún conflicto con las otras señoras. Le explicó que provenía de una familia muy humilde y que no era su costumbre comer tantas confituras, pero eso parecía entusiasmarla aún más.

Sentado a la mesa de la cocina pensaba en lo afortunado que había sido al ser designado párroco de Crantock. En la pared, justo frente a su vista, colgaba un cuadro. Era la única pertenencia, con unas pocas ropas, que lo acompañaba desde que había dejado su casa para ingresar al seminario.

La pintura representaba a un niño y una niña a punto de cruzar un pequeño puente de madera. A sus espaldas, un ángel extendía sus brazos en actitud protectora. Adelante, hacia la mitad del puente, podía apreciarse que dos maderas estaban rotas y, por debajo, un peligroso río de aguas turbulentas.

#### El Ángel de la Guarda.

"Él te va a cuidar", le había dicho su madre cuando lo acomodó en su pequeña valija, "porque sos el hombre más bueno del mundo"

Después de lavar la taza y el plato y dejar la mesa perfectamente limpia, miró el reloj. Eran las seis de la tarde. Esa noche, como todos los primeros viernes de cada mes, iría a cenar a "Los Alerces", la casa del señor Crane, continuando una pequeña tradición iniciada por el padre Castillo. Jeremías Crane había lamentado la partida del sacerdote, y la única vez que habló del tema, mostró la prudencia de no ahondar demasiado

Sergio Aguirre

en la extraña manera en que se produjo. Al padre Benjamín le reconfortaba saber que sí existía la piedad entre los hombres, que era posible no condescender a la malsana curiosidad por la vida del prójimo. "Resulta penoso, padre" decía señalando su profusa biblioteca, "que alguien necesite espiar la vida del vecino, cuando la literatura nos ofrece tantas vidas interesantes". Al padre Benjamín le encantaba visitar al señor Crane. Podía pasarse horas escuchándolo hablar de sus viajes, sus lecturas, su inteligente modo de percibir el mundo. Pero el mayor beneplácito del sacerdote era observar que, a pesar de que Jeremías Crane no era un hombre de fe, manifestaba un profundo sentido humano y una nobleza admirables, y su proceder se correspondía en todo con la de un siervo de Dios. Esa misma noche discutirían acerca de un proyecto ideado por el propio Crane para distribuir alimentos, a través de la parroquia, entre familias de Crantock y de otros pueblos vecinos que lo necesitaran.

Decidió que antes de presentarse en "Los Alerces", como siempre a las ocho en punto, daría un paseo por las calles del pueblo. Ya habría tiempo, con la llegada del invierno y sus días blancos, cortos y helados, de permanecer adentro. Tomó su abrigo, y salió.

A la salida del callejón de piedra, en la esquina de la iglesia, se encontró con dos señoras del pueblo. Hablaban con las cabezas muy juntas, sus caras expresaban risa, curiosidad, asombro tal vez y, cuando el sacerdote se aproximó, hicieron silencio. Pasó a su lado y las saludó con una leve inclinación. Las dos mujeres hicieron lo mismo:

*El misterio de Crantock*

-Adiós, padre.

-¿Vio qué hermosa está la tarde?

Los rumores eran algo que preocupaba al padre Benjamín. Aunque fuese lo natural, tratándose de un pueblo pequeño, en Crantock esa costumbre mostraba una virulencia que, según él, se hallaba fuera de toda proporción. Por eso, creía, la gente se cuidaba, y mucho, de que nadie percibiese nada fuera de lugar en sus vidas.

Había oído cosas horribles.

Que Juan Vega dejó morir a su pequeño hijo, la tarde que el niño había quedado a su cuidado.

Que Rita Tossi consiguió, aunque no se sabía cómo, que la antigua peluquera se marchase de Crantock para poner ella su propio negocio.

Que el niño de Olivia Reyes había nacido ciego por sus coqueterías con la magia.

La naturaleza piadosa del padre Benjamín no podía tolerar aquellos comentarios. Era espantoso que se dijesen cosas así, y él estaba decidido a luchar contra ese hábito perverso. Era necesario aquietar esas aguas del diablo.

Porque el padre Benjamín, a diferencia de su antecesor, sí creía en el diablo.

Llegó a pensar que si aquella costumbre desapareciese, Crantock podría convertirse en un reflejo del paraíso, el lugar donde habitaba el hombre antes de que la serpiente susurrase aquellas palabras al oído de Eva.

Era una brillante y fresca tarde de abril. Cruzó la plaza y avanzó por la senda que bordeaba el río.

En la orilla, como dispuestas por un jardinero exquisito que no se atrevía a desafiar el orden de la naturaleza, se sucedían las distintas especies mostrando, en esa época del año, su pequeño esplendor. De repente, vio un colibrí. Observó el trémulo batir de sus finísimas alas ascendiendo, descendiendo y desplazándose nerviosamente, de aquí para allá, de flor en flor.

No en todas se detenía.

Ese año los colores del otoño habían estallado de una manera tan exuberante que si cerraba los ojos, los abría un segundo, y los volvía a cerrar, en lugar de ver el río, la plaza, el municipio, la iglesia, creía ver un inmenso y bello jardín festoneado con piedras. Y la gente que caminaba, como se camina en los pueblos, sin otra preocupación que sus simples asuntos cotidianos, y los niños jugando en medio de la calle, sin peligros que los acechen, y él mismo, allí, con sus sentidos intactos para percibir todo aquello, le parecían una respuesta a todas sus preguntas. Como si Dios le estuviese diciendo: "¿Ves?, así deberían ser las cosas". No era la primera vez que en Crantock lo acompañaba la sensación, la viva sensación, de que Dios estaba allí. En ese momento, el sacerdote se emocionó.

El padre Benjamín tenía ese rasgo, que sin duda lo había llevado a ser sacerdote: de pronto su mente comenzaba a efervescer de un optimismo y una bonanza infinitas.

Más adelante se encontró con Walter, el hijo de Jeremías Crane.

-¡Walter! Estaba dando un paseo antes de ir a tu casa. Hoy es viernes...

-Sí, por supuesto. Con mi padre pensábamos hablar acerca de cómo distribuir los alimentos.

-¡Sí! -lo interrumpió el sacerdote-. Tengo algunas ideas...

-Muy bien.

-Hasta pronto entonces, y... inos vemos también este domingo en la misa!

Al decir esto último, el padre Benjamín creyó percibir una ráfaga de tristeza en los ojos de aquel muchacho:

-Sí, hasta... pronto -dijo Walter con una sonrisa que intentaba ser amable, y se alejó.

El padre Benjamín estaba seguro de que detrás del carácter serio y circunspecto de Walter Crane había timidez y, como su padre, un hombre de gran corazón. Era el primero de los Crane en acercarse a la iglesia. Aunque fuese por una muchacha, por la sola oportunidad de verla. ¿Ése era el motivo? ¡Bienvenido! Si era el camino que había elegido Dios para acercar a su hijo a la iglesia, era tan bueno como cualquier otro. Lo commovía además ser testigo del amor entre los jóvenes. Pero entendía, también, que el amor podía ser doloroso, cuando no era correspondido...

-¡Padre! -aquella voz interrumpió sus pensamientos.

Al volver la vista se encontró con Lucía Babor. "Otra niña enamorada", pensó. El padre Benjamín podía reconocer, como si lo llevaran escrito en la frente, a todos los que estaban enamorados.

Sergio Aguirre

-¡Lucía...! ¿Cómo está tu madre?

-No muy bien, dice que no se va a acostumbrar a que Alma ya no esté aquí...

-Todos la extrañaremos. Pero, en verdad, creo que es el mayor consuelo que tu hermana pueda encontrar. Dios sabe por qué hace las cosas...

Lucía permaneció pensativa por un instante.

-Conozco la congregación de las hermanas Dominicas. Es una gran congregación -agregó el padre Benjamín.

-Si usted lo dice... Bueno padre, me tengo que ir.

Se despidieron, y el sacerdote continuó su camino por la vera del río. La muerte del hijo de Alma había sido una desgracia. Las razones del Señor eran misteriosas.

Más adelante se detuvo, otra vez, para recrearse con el paisaje sabiendo que pronto oscurecería. El sol ya se había escondido y la sombra de los montes comenzaría a extenderse por el pueblo, al igual que una manta que se corre sobre el lecho indicando la hora del reposo, la hora nocturna.

A esa altura del paseo veía los cipreses del cementerio.

Decidió visitarlo y decir una oración por los muertos. Los muros eran apenas una cerca de piedra cubierta de enredaderas, en cuyos bordes se veían matas de lavanda y geranios. La pequeña puerta de hierro rechinó brevemente cuando el sacerdote la atravesó. Allí dentro todo era más tranquilo y silencioso. Avanzó sobre el césped, cubierto ya por el rocío de la tarde. Al

*El misterio de Crantock*

levantar los ojos vio aquel montículo con un ramo de flores amarillas que descansaba al pie de su lápida. Era la tumba del hijo de Alma. Se acercó con tristeza. A su mente acudía el recuerdo de aquel entierro.

AQUÍ YACE JOSÉ VEGA

QUE NO CONOCIÓ EL PECADO

El padre Benjamín concluyó su rezó y observó aquellas flores. Alma debió dejarlas, dos días atrás, antes de partir hacia el convento.

Se disponía a marcharse cuando vio, hacia un costado del cementerio, una tumba reciente, la de Rocío Almenda, que había muerto al dar a luz. "Una madre que pierde a su hijo, y un hijo que pierde a su madre", pensó.

Debía apurarse, antes de que oscureciese. A veces él mismo se sorprendía de cómo, sin darse cuenta, había adoptado los hábitos de la gente del pueblo. Aun en verano, con las últimas luces del día, los pobladores concluían rápidamente sus tareas para volver a sus hogares.

Había escuchado cosas acerca de lo que sucedía por las noches, en Crantock. Pero eso, a diferencia de los chismes, no lo preocupaba.

Era natural que cada pueblo tuviese su característica distintiva y su propia tradición. Había conocido poblaciones que se distinguían por alguna belleza natural, o por un alimento, un animal, incluso. Crantock

Sergio Aguirre

tenía su propia marca: lo extraño. Y sus pobladores, siempre en secreto, se dedicaban a mantenerla viva. Algo perfectamente comprensible, según el Padre Benjamín. Después de todo, muchos habitantes de Crantock eran descendientes de escoceses, una cultura rica en fantasmas.

Crane, en cambio, no soportaba ese tipo de rumores. "No podemos transformarnos en una aldea africana que cree en espíritus", decía.

En ese punto el sacerdote se permitía disentir. Consideraba que a falta de otras diversiones, con algo tenía que entretenerte la gente, de algo tenía que hablar. Había escuchado que en Buenos Aires ya existía la "televisión". La describían como un cine dentro del hogar, una radio con imágenes. A eso había que verlo. Como fuere, no creía que la televisión llegase a un lugar tan alejado como Crantock. Ni siquiera llegaba la radio a Crantock. Sin embargo, a diferencia de otros pueblos aun más grandes, ellos ya tenían electricidad. Los adelantos tecnológicos eran, a través de la inteligencia del hombre, otra manera de honrar a Dios. Ese pensamiento era nuevo. Acababa de ocurrírsele. Tal vez debía reflexionar sobre eso...

Una vez más, al padre Benjamín todo lo conducía a Dios. Y así continuó su camino por las calles de Crantock, sumido en pensamientos de bondad.

En el otro extremo del pueblo, Juan Vega entraba a su cabaña. Después de abrir la alacena y sacar una botella de vino, se arrojó sobre la cama. Estaba cansado.

*El misterio de Crantock*

Cansado de trabajar y de aguantar a su padre, todo el día recriminándole cosas. Miró la botella. Quedaba menos de la mitad. Y él no tenía whisky, como los gringos de Crantock. Ellos tomaban whisky como esponjas, sin embargo para todos él era el borracho, el maldito. Pensó que tendría que bajar al pueblo y comprar más, pero la idea de pasar frente a la casa de los Babor le quitaba las ganas. No quería pensar en eso. No quería pensar en Alma, ni en los Babor, ni en su padre, ni en lo que pasó. Tomó un trago. Tampoco tenía nada para comer. Lo trataban como a un perro. Hasta su padre lo despreciaba, su propio padre, a él, su hijo, después de todo.

*¡Era tu hijo!*

Juan cerró los ojos. Ya no iba a escuchar esos gritos. Todo eso había pasado y Alma ya no estaba en el pueblo. Mejor. Él tenía que olvidarse. Pero estaban los otros. Todos los demás. Todos, hombres, mujeres, niños, lo trataban de esa forma, como si hubiera sido su culpa. En la calle lo miraban de reojo, si entraba a algún negocio hacían silencio. Nadie le dirigía la palabra. El único que lo defendió fue el imbécil del cura. Sólo ese curita, que era un imbécil, se daba cuenta de que había sido un accidente. Tomó otro trago. Además, ¿por qué Alma tuvo que ir a la casa de su madre esa tarde? ¿No estaba su hermana, acaso, para cuidarla si estaba enferma?

*Es un momento Juan, para ver si necesita algo. No lo llevo porque se puede contagiar, es tan chiquito...*

Él no era una niñera. ¿Cómo iba a saber que el niño lo seguiría? ¿Cómo saber que se animaría a cruzar el río, caminando sobre esas piedras? Ya no soportaba

Sergio Aguirre

más. Tenía que irse. En la ciudad todo sería distinto. Ahí a nadie le importaba lo que hiciera el otro, había trabajos mejores, y las mujeres eran distintas, seguramente. Se iría y ni siquiera iba a tomarse el trabajo de despedirse de su padre. Por él podían irse todos al diablo. Al mismo diablo. No iba a pasar el resto de su vida en un pueblito miserable como Crantock.

Afuera, el día terminó con una extraña rapidez. La luz de la tarde se desvaneció, los faroles se encendieron iluminando las calles vacías, y pronto el pueblo quedó en silencio.

Habían pasado pocos minutos después de la medianoche cuando un sonido lo despertó. Juan abrió los ojos en la oscuridad. ¿Qué había oído? Esperó un momento. Nada. Aún estaba vestido y con la botella en la mano. No se escuchaba nada. Todo era silencio en la habitación a oscuras. Buscó el candelabro que Alma siempre dejaba sobre la estufa y encendió una vela. En ese momento volvió a oír el chirrido. Era un sonido leve, un roce, en la puerta. ¿Alguien había tomado el picaporte?

-¿Quién es? -preguntó.

Silencio.

Dejó la vela sobre la mesa y se asomó a la ventana. Entonces vio, o le pareció ver, que algo se desplazaba por el aire.

Se quedó allí, inmóvil, como si supiera que algo iba a suceder.

La luz de la vela se estremeció.

Sintió miedo.

-¿Quién es?

El silencio le devolvió su actitud desafiante:

-Ahora te voy a ver la cara... -dijo, y tomó el picaporte.

Lo que se le metió en el cuerpo hizo que todos sus músculos se tensaran en un gran espasmo que lo hizo quedar en puntas de pie. Sus cabellos se erizaron al instante, y los ojos se abrieron de tal forma que podía verse con absoluta claridad que eran globos que giraban sin control, como si buscasen salirse de su órbita. La cara se deformó en una mueca parecida a una risa, una risa loca, inhumana. Con la mano en el picaporte, como si de allí surgiera una música que sólo él podía escuchar, todo su cuerpo comenzó a sacudirse movido por una danza extraña, terrible. En pocos segundos la piel de su rostro fue poniéndose negra, y los cabellos a despedir un humo que después comenzó a salir desde los zapatos, las mangas de la camisa, los pantalones, como si todos sus fluidos estuviesen hirviendo, ya, hasta que sus ropas, finalmente, se incendiaron.

**1963**

La señora Tossi, la dueña de la única peluquería del pueblo, interrumpió un instante su labor sobre la cabeza de la señora McNair para atisbar por la ventana:

—Mmm... —fue todo lo que dijo.

Rita Tossi era una mujer que no tenía más tema de conversación ni finalidad en su vida, que la vida de los otros. Su capacidad para preguntar, como lo más natural del mundo, por los asuntos privados del vecino, y la generosa ventana de su negocio, frente a la plaza, la mantenían al corriente de todo lo que ocurría en el pueblo.

—¿Sí...? —preguntó la señora McNair.

Sergio Aguirre

—No, nada... Veo que algunas han decidido modernizarse...

En la peluquería se encontraban Lucía Babor, la señora McNair y la señora Ferraz. Era junio, y afuera habían comenzado a caer los primeros copos de nieve.

—¿Sabe qué piensó de esa moda de llevar el pelo apenas recogido? —continuó la señora Tossi—. Que sólo le queda bien a las jovencitas —suspiró—. En fin... Cada una sabrá.

—Todo cambia, ya ve usted, los escotes, las polleras... —dijo la señora Ferraz.

—Claro, claro, pero una mujer debe arreglarse, *siempre* —agregó la señora Tossi subrayando la última palabra—. Y andar con el pelo así... ¿Qué quiere que le diga?

La señora Tossi había comenzado a preocuparse por la nueva moda. Era una moda muy peligrosa para su negocio, y estaba decidida a atacarla por todos los medios.

—Tu hermana ya no tiene esos problemas, por suerte. ¿Dónde se encuentra ahora querida? —le preguntó a Lucía.

—En el Chaco. En una escuela dominica.

—Alma... ¿Ella está bien? —preguntó la señora McNair.

—Imagino que vendrá a visitarnos alguna vez, ahora que... —la señora Tossi estaba por decir "Ahora que Juan está muerto", pero se contuvo.

—En la última carta nos dice que tiene mucho trabajo en el colegio.

*El misterio de Crantock*

—Ser monja... Hay cosas que sólo se pueden hacer por vocación —sentenció la peluquera para concluir con ese tema y pasar a otro que le interesaba más en ese momento:

—Ayer vi a Walter Crane. Me da un poco de lástima, pobre muchacho. Desde que murió el señor Crane lo único que hace es trabajar, hasta los fines de semana... Todos dicen que va a ser un buen intendente, como el padre. Yo creo que le da tristeza volver a la casa. Debe ser horrible vivir solo, en ese lugar enorme... —miró de reojo a Lucía—. Digo yo: ¿no pensará casarse, tener una familia?

La señora McNair y la señora Ferraz se miraron. Hacía tiempo Rita les había dicho que Lucía estaba loca por Walter Crane, pero que él nunca se había fijado en ella.

—¿No habrá nadie en Crantock que le guste? —continuó la peluquera, enfatizando ahora la palabra "nadle"—. Pensará que las muchachas de aquí son muy pueblerinas para él, digo... O algo así —para ocultar el rubor que le subía a la cara, Lucía giró la cabeza hacia la ventana, como si algo afuera hubiese llamado su atención—. Debería hacer como el hijo del doctor Finn, que se trajo una esposa de la ciudad...

—Señora Tossi, me voy —Lucía se había puesto de pie—. Mamá está sola y... pensé que me iba a desocupar más temprano.

—Sí querida, por supuesto, hoy tengo demora...

Lucía salió. La señora Tossi se quedó un momento mirando hacia la puerta, y dijo:

-Esa chica tiene dos problemas. Primero: es muy tímida; segundo: está enamorada del hombre equivocado.

Lucía sintió el frío en la cara y se alegró de haber salido de allí. Cruzó la calle, entró a la plaza y cuando se supo fuera de la vista de la señora Tossi demoró la marcha. Tenía que pensar. ¿Ella era muy pueblerina para él? ¿Qué era ser pueblerina? ¿Y si un día Walter viajaba a la ciudad y conocía a alguien y se enamoraba? Eso podía ser... "Dios mío no lo permitas...", murmuró. ¿Y si elegía a otra del pueblo? "¡Dios, no!" dijo, en voz alta, y eso llamó la atención del comisario Belvedere, que pasaba a unos metros de ella. "Lucía habla sola", pensó. Esperaba que nada malo le sucediese. Los Babor ya habían sufrido demasiado. Primero la muerte del hijo de Alma, después su partida de Crantock, y por último, Juan. Ese muchacho no era buena persona, pero morir de esa manera... Él mismo, que no se consideraba un hombre impresionable, jamás lograría sacarse de la cabeza aquello que debía ser Juan Vega, cuando apareció entre las cenizas. Nunca pudieron determinar cómo se inició el fuego y, lo que era aún más incomprendible, qué sucedió para que el cuerpo se transformase en lo que encontraron. Recordaba al doctor Finn, por aquellos días, en el más absoluto desconcierto:

-El fuego no hace *esas cosas*.

El comisario salió de la plaza y tomó la calle que bordeaba el río. A los pocos metros se encontró con el señor Muro, el verdulero, parado frente a la puerta de su negocio.

-Muro, ¿cómo anda todo?

-No muy bien hoy. Es la espalda... Mi mujer dice que ya no puedo hacer trabajos de fuerza, que ya no soy tan joven...

El señor Muro era el tipo de hombre que trabajaba desde el alba hasta la última luz del día, sin descanso, entre sus huertas y el negocio, donde vendía las verduras que él mismo cultivaba.

-Los años pasan... pero para eso están los hijos. Deberías dejar que Tomás se encargue de lo más duro.

El verdulero meneó la cabeza:

-Mi mujer dice lo mismo. Se enoja conmigo, y con el muchacho, pero... es un buen muchacho -dijo con tolerancia-. No quiero que se mate trabajando como su padre. Mientras yo tenga fuerzas...

Comprendió lo difícil que era razonar con Muro, tratándose de su hijo.

-Pero llegará el día en que no estés, y entonces... -comenzaba a decir el comisario cuando apareció la señora Reyes con su bolsa de compras. Los dos hombres la saludaron, y el comisario continuó su camino.

-Señor Muro, ¿hubo algún problema con la leña?

-¿Cómo?

-Usted dijo que Tomás me llevaría la leña esta mañana.

-¿No lo hizo?

En ese momento, aquella voz desde la calle los distrajo:

-¡Vamos! ¿No te dije que caminaras más rápido?

Sergio Aguirre

Era el señor Almenda, que pasaba por ahí. Su hijo Pedro caminaba detrás, cargando, como podía, un hacha, un pico y un rastrillo.

Ambos se alejaban cruzando la plaza para bajar a la calle nuevamente, rumbo a su cabaña.

—Ahí va ese animal... —la señora Tossi ahora veía pasar al señor Almenda y al niño a través de la ventana de la peluquería—. Dicen que hay que ver cómo golpea a su hijo. Ni siquiera los animales tratan así a su cría. Y siempre borracho... Se me pone la piel de gallina de pensar en esa criatura.

—¿Será posible que ocurran esas cosas? Alguien debería hacer algo... —agregó con disgusto la señora McNair, al tiempo que quedaba envuelta en una nube de spray. La señora Tossi pensó “Ojalá reciba su merecido, como el otro.”

—¿Saben qué pienso? —continuó la señora Tossi—. Que lo odia —remarcó esa palabra, y otra vez—: Odia a su propio hijo, lo culpa de la muerte de su mujer —hizo una pausa para observar el efecto de lo que acababa de decir, y agregó:

—Horrible, ¿verdad?

Todas asintieron gravemente.

—Bueno, he terminado con usted, querida —dijo contemplando el peinado de la señora McNair—. Espero que a su marido le guste...

En ese momento la señora McNair pensó que su marido ni siquiera se daría cuenta de que llevaba un peinado nuevo: el señor McNair sólo tenía ojos para

*El misterio de Crantock*

su granja. Pero prefirió evitar cualquier comentario. Todas las clientas de la señora Tossi habían aprendido, con el tiempo, a ocultar todo, a cuidarse de ella. Con algo así de pequeño la peluquera era capaz de inventar una historia tremenda.

—Siéntese querida —le dijo a la señora Ferraz haciendo girar el sillón, mientras la señora McNair se colocaba su abrigo para marcharse—. ¿Lo de siempre?

—Sí Rita, lo de siempre...

En ese momento, por la puerta del salón que comunicaba con la casa, se asomó la hija de la señora Tossi:

—Mamá, ¿cuándo tengo que sacar la torta del horno?

—Ya voy —dijo la señora Tossi simulando fastidio—. ¿Por qué será que una tiene que estar en *todo*? Vuelvo en un minuto.

La señora Tossi se ausentó del salón. Mientras la señora McNair sacaba el dinero de su monedero, la señora Ferraz le preguntó:

—¿Mucho trabajo en la granja?

Ambas mujeres eran vecinas. Como los McNair no tenían hijos, algunas veces el señor McNair se veía obligado a pedir ayuda a alguno de los cuatro del matrimonio Ferraz.

—No en esta época... —respondió la señora McNair.

—Porque si necesita alguno de los muchachos...

—No será necesario, gracias.

La señora Tossi regresaba:

—Bien, aquí estoy de vuelta...

La señora McNair salió de la peluquería y la señora Tossi, con una sonrisa comentó:

—Pobre señora McNair, dudo que el marido siquiera se dé cuenta de que su esposa ha cambiado el peinado.

La señora Ferraz la miraba por el espejo. A diferencia de su vecina, ella temía a Rita Tossi porque pensaba que ninguno de sus comentarios era, como preferían creer las otras, un invento. La peluquera no necesitaba inventar nada. Aquella mujer poseía un extraordinario talento para descubrir lo oculto, lo doloroso, lo feo de los demás. Y su maldad consistía en gozar diciendo, todas las veces que podía, la simple verdad.

—Hombres... —continuó—. Alguien debería preventirnos antes de casarnos, ¿verdad querida? —suspiró—. En fin...

La señora Ferraz pensó en el marido de la señora Tossi. Alguien debió prevenirlo a él, también:

—Bueno, no todos son iguales...

—Seguro, pero los buenos no tienen suerte. Como mi primo Tadeo, Tadeo Bean. ¿Usted lo conoció, verdad? —la señora Tossi suspiró moviendo la cabeza—. Era demasiado bueno, me temo. Y se casó con esa... —no encontraba una palabra que expresase todo su desprecio por la señora Bean.

La señora Ferraz permaneció en silencio, y la peluquera continuó:

—¿Sabe qué decía la semana pasada?

—No...

—Que su gata fue violada.

—¡Oh!

—Ayer la vi pasar... Ahora se le da por persignarse en la calle, en cualquier lado.

—Sí... Últimamente la veo bastante desmejorada —asintió la señora Ferraz, con un gesto de preocupación.

—¿Desmejorada? —la señora Tossi soltó una risita—. Esa mujer está totalmente loca.

El semblante de la peluquera de pronto se enderezó, y abrió la boca para decir algo, pero se contuvo.

La señora Ferraz pensó: ¿qué cosa podía ser tan terrible de la señora Bean, para que Rita Tossi decidiera no decirlo?

Una semana después, en "Los Alerces", Félix Finn observaba las heridas en la espalda del niño, que había permanecido en silencio durante la revisación. Tras la muerte de su padre, Félix Finn era ahora el médico de Crantock.

—Está bien, podés vestirte. Cuando bajes tomaremos la merienda —dijo Crane.

Los hombres salieron de la habitación y se dirigieron a la sala, donde el fuego ardía en la chimenea.

—Esto es increíble... —dijo el doctor Finn.

—No, no es increíble, yo lo vi.

Esa tarde Walter Crane caminaba por una calle del pueblo cuando escuchó el llanto de un niño, y un hombre que vociferaba. Las voces provenían de la cabaña de Almenda. Se asomó por la ventana, y lo que

Sergio Aguirre

vio le hizo hervir la sangre. El hombre castigaba con un látigo al niño, que intentaba refugiarse en un rincón del cuarto. Sin más Walter Crane entró a la casa y comenzó a golpear al sujeto mientras le gritaba: "¡Bestia, bestia!". El hombre, aunque mucho más robusto que Crane, atontado y dolorido por los golpes y el alcohol, quedó inconsciente.

-El problema es que lo seguirá haciendo -dijo Finn.

-No lo hará más -afirmó Crane-. El niño se quedará aquí.

-Walter, ¿estás seguro?

Walter Crane se acercó a la ventana y observó la mortecina luz del crepúsculo que iluminaba el pueblo, bajo un espeso manto de nieve:

-Sí, estoy seguro.

Y así fue como Pedro, a quien Walter llamaría Peter, vivió desde ese día en "Los Alerces", bajo la protección y la guía espiritual del señor Crane.

Cinco minutos antes de las once de la noche, la señora Reyes subió las escaleras hacia la habitación de su hijo, con un libro en la mano.

Desde aquella tarde en que notó que su hijo era ciego, todos los días Olivia Reyes le rezaba a Santa Lucía para que le devolviese la vista. Le hacía promesas, promesas imposibles de cumplir. Pero fue inútil. El niño había nacido ciego, y según el doctor Finn primero, y otros médicos de la ciudad después, eso era irreversible.

*El misterio de Crantock*

Decidió entonces acudir a otro tipo de ayuda. Viajó a la ciudad y consultó a una mujer que ya conocía. Y la mujer le dijo:

"Para esto no puedes hacer nada".

Regresó a Crantock, por primera vez, sin esperanza. Su hijo permanecería así, en la oscuridad, el resto de su vida. Sin embargo un mediodía, cuando Víctor tenía dos años, algo sucedió. Ella preparaba el almuerzo y el niño dijo: "Viene papá". Aún faltaba una hora para que su marido regresara del campo. Pero al instante escuchó que la puerta se abría: su esposo estaba allí. "¿Cómo sabías...?", le preguntó intrigada. "Lo escuché", respondió Víctor, que había percibido, a través de la ventana cerrada, el tintinear del llavero contra el pantalón de su padre cuando entraba al jardín. El señor y la señora Reyes se miraron. Una tarde, pocos meses después de ese episodio, ella tejía sentada en la sala mientras el niño jugaba sobre la alfombra con algunos ovillos de lana. De repente se puso rígido, como si algo hubiese llamado su atención y dijo: "Mamá, se detuvo el tiempo". Ella interrumpió su labor y lo miró:

-¿Cómo decís Víctor?

-El tiempo -repitió el niño, y extendió su brazo señalando hacia la cocina.

Ella caminó en esa dirección y se detuvo en la puerta, preguntándose por qué su hijo había dicho que el tiempo... Entonces vio el reloj. Las agujas marcaban las cuatro y diez de la tarde. "¿Qué es eso mamá?", le había preguntado una vez al escuchar el "cucú". "Es el reloj, marca el paso del tiempo", le había respondido ella.

El reloj. Se acercó, y cuando estuvo lo suficientemente cerca, comprendió. El reloj se había detenido.

—Escucha todo, doctor —dijo ella para concluir, luego de relatarle algunas anécdotas de su hijo al doctor Finn.

—Es posible, sí... —respondió él, a pesar de su asombro—. Los otros sentidos se agudizan... Parece un tanto exacerbado, pero es normal. Además Víctor es un niño muy despierto. Eso es bueno, tal vez debiera estimularlo con otras cosas, la lectura por ejemplo...

Desde entonces la señora Reyes comenzó a leer para su hijo. Y comprobó que las historias que le relataba producían en él un entusiasmo nuevo y singular. Algo, ella no entendía muy bien qué, se estaba abriendo paso en la mente del niño.

Víctor aguardaba en la cama. Esa tarde su mamá había prometido leerle *"Jack, el asesino de gigantes"*.

En la casa reinaba un profundo silencio. Por la puerta ligeramente entornada de la cocina, una franja de luz que penetraba en la sala permitía distinguir el contorno de los muebles; más allá, la escalera que conducía a los dormitorios se elevaba en medio de la penumbra.

Después de lavar los platos de la cena, Olivia Reyes apagó la lámpara, salió de la cocina, y cruzó la sala con el libro en la mano. Antes de subir las escaleras, dijo: "Aquí voy, Víctor", aunque sabía que no era necesario: su hijo la había escuchado todo el tiempo.

—Jack, el asesino... —dijo el niño, en cuanto ella entró en su habitación.

—Sí, esta noche es Jack —asintió su madre. Colocó la silla a los pies de la cama y, de espaldas a la ventana, comenzó a leer:

*Durante el reinado del Rey Arturo vivía en el Condado de Cornualles un honrado campesino que tenía un solo hijo, llamado Jack. Jack era un muchacho audaz y valeroso, cuyo mayor placer consistía en escuchar o leer cuentos de brujas, hechiceros, gigantes y hadas. Dirigía siempre los juegos de sus compañeros y no había quien pudiera competir con él cuando de luchar a brazo partido se trataba, y cuando le salía algún adversario de más fuerza, su habilidad e inteligencia siempre le daban la victoria. En aquellos tiempos un enorme gigante vivía en el Monte de San Miguel, en las costas de Cornualles. Medía dieciocho pies de estatura y casi tres metros de grueso, y su fiero y salvaje aspecto infundía pavor en todos sus vecinos. Habitaba en una negra caverna en la cima de la montaña y bajaba al valle en busca de botín. Cuando se acercaba...*

En ese momento algo cruzó fugazmente a través de la ventana.

*...la gente abandonaba sus casas, y cuando el gigante había saciado su apetito en el ganado, se volvía con media docena de bueyes cargados a su espalda y una ristra de corderos y cerdos atada a su cintura como una cuelga de candelas. Hacía muchos años que duraba esta conducta y toda la comarca de Cornualles estaba desolada por sus continuas rapiñas...*

—¡Está ahí! —susurró el niño irguiéndose de pronto, señalando con su brazo hacia afuera.

**1967**

Era una brumosa mañana de primavera y el sol aún no había aparecido para desvanecer la niebla que reposaba sobre los bosques y las calles de Crantock. Como cada día, Lucía Babor salió de su casa temprano rumbo a "Los Alerces". Respiró el aire fresco y cargado de humedad. Desde el nacimiento de la montaña, detrás de su casa, le llegaba el aroma a pinos y a tierra mojada. A esa hora, el pueblo, rodeado por la verde y enorme muralla de montes, aún permanecía en silencio bajo aquel manto blanco que amortiguaba los colores, borraba los contornos de las formas y las hacía aparecer como imágenes de un sueño.

En su mano llevaba una pequeña canasta. Para llegar a la casa del señor Crane era necesario atravesar el pueblo, donde se demoraba para realizar las compras del día y recoger personalmente la correspondencia que disponía a un costado de la bandeja, antes de servir el desayuno. Como el señor Crane trabajaba hasta altas horas de la noche nunca se levantaba antes de media mañana, y eso a ella le permitía ocuparse de Pedro, enviarlo al colegio, dejar las cosas en orden y, cuando él descendiera las escaleras y entrase al comedor, pudiese estar allí, esperándolo con el café y las tostadas.

Siempre recordaba el día en que el señor Crane se presentó en su casa, hacía ya cuatro años:

—Lucía, es el señor Crane, quiere hablar con vos... —le dijo su madre, sin disimular la sorpresa.

Al escuchar ese nombre su corazón se aceleró, y caminó hacia la puerta de calle con ese horrible calor subiendo por sus mejillas.

Él la saludó muy brevemente y le dijo:

—Necesito que alguien me ayude con la casa... y el niño. El padre Benjamín me sugirió que usted podría...

—...

—...que usted podría ocuparse, si es que no tiene otras... —Walter Crane carraspeó— otras obligaciones.

—Yo... Por supuesto —habían comenzado a temblarle las piernas—. Sí... claro que sí.

Desde las granjas, más próximos, más lejanos, se percibían los sonidos de las primeras faenas del día. A un costado del camino, increíblemente cerca, escuchó

el mugir de una vaca, que la niebla no le permitía ver. Más adelante el rumor de ovejas en una breve corrida, un portón que se abría y, a lo lejos, las campanas de la iglesia en su primer llamado a misa. Ahora descendía por la calle que llevaba a la plaza principal. A su derecha se extendía la hilera de casas nuevas, en piedra gris, tejado de pizarra y pequeñas ventanas blancas, en idéntico estilo que todas las construcciones de Crantock, que el señor Crane había inaugurado pocos días antes. Que Walter había inaugurado. Aunque siempre pensaba en él como "Walter", jamás se le había escapado ese nombre en su presencia, ni en la de nadie. Él, por su parte, se dirigía a ella como "Señorita Babor", y eso a ella le encantaba. "Señorita Babor", le decía cuando estaba de buen humor: "¿No piensa que será un día magnífico, hoy?" "Sí señor Crane, creo que sí..." le respondía ella, cada vez.

Esa tarde se celebraba un festejo en la casa de Walter Crane. Orson, su sobrino, cumplía años. Era el hijo de John Crane, el único primo de Walter, que había muerto en un accidente automovilístico hacía pocos meses. El niño vivía en Buenos Aires, con su madre, una mujer que no opuso ninguna resistencia cuando Walter le propuso que Orson pasara unas semanas en Crantock, para conocer a su tío. Porque Orson era, ahora, el único pariente vivo de Walter Crane. Por desgracia, bastaron unos pocos días con él en "Los Alerces" para comprender que se trataba de un niño muy difícil. Y Walter Crane se hallaba, a todas luces, decepcionado con la personalidad y los hábitos de su sobrino.

Sergio Aguirre

A media cuadra de la plaza, Lucía pasó frente a la casa de la señora Bean.

-Mujerzuelas... -susurró la señora Bean desde su ventana al ver pasar a Lucía y después a dos señoritas por la vereda opuesta, y que apenas conocía.

Ese día la señora Bean se levantó con la idea de que todas las mujeres de Crantock llevaban una doble vida: de noche eran prostitutas. Y si no lo eran en la actualidad, lo habían sido.

Su hermano, que vivía en la ciudad, había consultado al doctor Finn durante su última visita, alarmado por las ideas de Francisca. "De todos modos es inofensiva", le dijo el médico para tranquilizarlo. "Además, es un caso para el cura. Es al único que escucha."

En ese momento un perro de la calle entró en su jardín.

-¡Fuera perro, porquería! -gritó la señora Bean golpeando el vidrio de la ventana. El perro huyó.

-Eso es lo que son... ¡Perras! -dijo con furia, y salió disparada a la cocina. Allí comenzó a caminar de una punta a la otra mientras hacía ademanes y masticaba cosas ininteligibles. Se tomaba la cabeza para después elevar el brazo una y otra vez hacia el cielo con gestos que parecían de enojo o de súplica. Después salió al patio y se detuvo en medio del jardín para inspirar profundamente el aire fresco de la mañana. Eso la hacía sentir limpia y purificada. Un ligero alivio se dibujó en su rostro. Pero de pronto, como si algo hubiese regresado a su mente con la velocidad

*El misterio de Crantock*

de un rayo, entró a la casa, atravesó la cocina, la sala, abrió la ventana con violencia, y chilló:

-¡Pecadoras!

Lucía, que ahora cruzaba la plaza, se dio vuelta al escuchar aquel grito. ¿Quién gritaba así? Tuvo el impulso de volver sobre sus pasos y averiguar qué había pasado, pero no se escuchaba más nada, y decidió continuar con sus obligaciones.

Se dirigió a la tienda de regalos. Allí le llamaron la atención unos adornos para tortas de cumpleaños, le resultaron novedosos. Pero enseguida desechó la idea. Orson no lo merecía. Con el correr de los días su presencia en "Los Alerces" se había tornado insopportable. Era un niño egoísta y malicioso. Más de una vez se había contenido de castigarlo severamente por su conducta, en especial cuando veía el modo en que trataba a Peter. El señor Crane, a pesar de su rechazo hacia todo lo injusto, consideró prudente tolerar algunas actitudes del niño pensando que obedecían a su reciente pérdida. Ella no lo creía así, y tampoco le importaba. Su preocupación era Peter. El muchacho ya había tenido suficiente como para que un loquito de la ciudad viniese a atormentarlo. ¿Cómo podían dos niños ser tan diferentes? Peter era en extremo callado y retraído, y debía confesar que por momentos la exasperaba el silencio del niño, pero entendía que su corta vida le había dado razones para ser así. Sin embargo, al igual que Walter, tras esa fachada algo distante se escondía una persona noble y bondadosa.

Sergio Aguirre

Y eso último, estaba segura, se debía a la influencia de alguien tan maravilloso como Walter Crane.

Mientras tanto, en una de las granjas de las afueras de Crantock, Tomás Muro descansaba tendido sobre un improvisado colchón de bolsas de arpillera, junto al pequeño galpón donde se guardaba el arado y las herramientas. Eran las nueve de la mañana y había decidido esperar a que la niebla se despejase totalmente antes de comenzar el trabajo. Se sirvió un poco del café que tenía en el termo. Encendió un cigarrillo. Le gustaba ver cómo el humo, apenas azul, se mezclaba con la niebla hasta que se perdía en el espacio. Le quedaban apenas dos cigarrillos, y hasta el mediodía no podía bajar al pueblo. Alguien le iría con el chisme a su madre de que él no estaba en el campo. Desde la muerte de su padre todos parecían vigilarlo; lo perseguían preguntándole cómo andaba el negocio, los cultivos... Todos, con su madre a la cabeza. Para ellos él seguía siendo un muchacho, el hijo holgazán del señor Muro. ¿Cuánto más soportaría todo esto? La semana anterior la señora Tossi, la peluquera, le preguntó dónde había estado la tarde del miércoles, cuando ella fue a pedirle unas calabazas. El comisario Belvedere prácticamente lo había interrogado durante casi media hora después de ayudar a su madre en el negocio, cuando ella no podía cargar sola los cajones de fruta, el día en que él se quedó dormido en el galpón. O Crane, que le exigía saber la disposición de los diferentes cultivos, en su propio terreno. Crane y sus controles también lo tenían harto.

*El misterio de Crantock*

Y eso se había convertido en un problema. Desde que su padre se inició en la granja, el municipio les procuraba las semillas y una rebaja en los impuestos a cambio de un porcentaje de la cosecha para alguna de sus obras de bien. Siempre fue un arreglo provechoso, y ahora corría peligro de romperse: la última partida de semillas de zanahoria se habían echado a perder porque olvidó guardar las bolsas. Acabaron pudriéndose bajo la lluvia. Sin embargo, cuando Crane le preguntó si ya las había sembrado, él respondió que sí. ¿Qué otra cosa podía decir? Eso era un problema, y ya no estaba su padre para resolverlo: en un mes vendrían a buscar las zanahorias.

¿Qué le importaba a Crane dónde sembraba sus verduras? ¿Qué le importaba a la peluquera dónde estaba él cuando a ella se le ocurrió venir por las calabazas? ¿Qué les importaba a todos qué hacía o dejaba de hacer con su vida?

"Aún falta un mes", pensó, para sacarse de la cabeza el asunto de las zanahorias, y cerrando los ojos trató de ahuyentar todo pensamiento que lo perturbase. Necesitaba descansar. Terminó el cigarrillo, y poco después se quedó dormido.

En el pueblo, despreocupada ya de las compras, Lucía se dirigió a la oficina de correos. Con la correspondencia, le entregaron un estuche con los anteojos para Peter. Hacía unas semanas ella lo había llevado a la consulta del doctor Finn, después de notar que el

Sergio Aguirre

muchacho esforzaba mucho la vista. Mientras los observaba sonrió para sus adentros. El modelo era una versión pequeña de los que usaba Walter para leer.

Walter.

A medida que se alejaba del pueblo rumbo a "Los Alerces" Lucía se dejó llevar por sus pensamientos. Y sus pensamientos, en esos días, sólo giraban en torno a la pregunta que Walter le había hecho la semana anterior, cuando apareció de improviso en la cocina:

-Señorita Babor, ¿piensa usted casarse?

Recordó haber abrazado el plato que estaba lavando y, con las manos en cruz sobre su pecho, decir:

-No.

Entonces él, sin agregar otra palabra ni expresión que la habitual, así como se había presentado, desapareció por el corredor que conducía a la sala. Y ella se quedó allí, de pie, con el plato aún humedeciéndole el pecho, sin entender qué había pasado.

Walter, Walter... ¿qué quisiste decirme?

Esa pregunta la acosaba noche y día. En ocasiones, cuando ella estaba ocupada con alguna tarea en la casa, al volverse repentinamente lo había descubierto mirándola. ¿Por qué?

Si pudiese entrar en los pensamientos de Walter... Había momentos en que tenía la certeza de que él estaba enamorado de ella, pero que no encontraba el modo de decírselo. En otros de que, sencillamente, ella estaba loca.

Lucía ingresó al frondoso parque que circundaba la austera mansión de los Crane. Vio cómo los rayos

*El misterio de Crantock*

del sol, que ya aparecía detrás de los cerros, penetraban por el follaje disolviendo los últimos jirones de niebla atrapados entre las ramas de los árboles.

En ese momento, el graznido de un pájaro despertó a Tomás de aquel sueño ligero. Abrió los ojos y tuvo un leve sobresalto al ver, entre la niebla que ya había comenzado a disiparse, aquella figura inmóvil con los brazos extendidos, en medio de la huerta... Qué tonto. ¿Cómo no había reconocido al espantapájaros?

El espantapájaros que estaba allí desde la tarde en que su padre lo puso en pie, un año antes de morir.

Al cumpleaños estaban invitados los niños del pueblo de la misma edad de Orson. Entre ellos, Víctor Reyes, que llegó acompañado por Pablo, su amigo más cercano.

Un compartido gusto por la lectura los había hecho inseparables, desde una tarde en que Pablo llegó a la casa de Víctor mientras su madre le leía un cuento de Las mil y una noches. Solían caminar por el pueblo inventando juegos: de quién era el auto que se acercaba, cuántas personas había en el almacén en ese momento, o simplemente Pablo describía cómo eran aquellas cosas que su amigo escuchaba.

Para la fiesta Lucía había decorado la amplia galería que daba al parque con guirnaldas de papel y globos de colores. A medida que llegaban los invitados, antes de saludarlos, Orson les pedía el regalo, indiferente a los gestos de desaprobación de Lucía. Ninguno

de los niños había entrado antes a la casa del señor Crane, y se mostraban algo inhibidos. Sin embargo, a poco de comenzar la fiesta el clima ya se había distendido. Todos, inclusive Peter, que difícilmente sonreía, parecían disfrutarla.

Después de la merienda bajaron las escalinatas que conducían al parque. Víctor movía la cabeza. Se lo veía inquieto y curioso. Estaba contento, y había comenzado a preguntarle a Pablo por las formas de aquel lugar. Orson, exhibiendo la pelota nueva que su tío le había regalado, gritó, como si diera una orden:

—¡Vamos a jugar al fútbol!

Y antes de obtener cualquier respuesta se dio vuelta y, mirando de frente a Peter, con un empujón en el pecho, le dijo:

—Vos no porque sos adoptado.

Ninguno vio cómo se le llenaron los ojos de lágrimas, cuando corrió hacia la casa.

Algo alejada del grupo se escuchó la voz de Pablo:

—Nosotros nos quedamos por aquí... —dijo, mientras se apartaba con Víctor en dirección a una pequeña fuente que se hallaba a un costado del parque.

Orson los observó fugazmente. Poco después, ya iniciado el juego y sin razón aparente, Orson detuvo la pelota, la apoyó sobre el pasto, y sin desviar su mirada del objetivo la pateó, y fue a dar en el blanco.

Exactamente sobre la cabeza de Víctor, que cayó al suelo al instante.

Una noche, semanas más tarde, Tomás Muro no lograba dormirse.

Su madre le había recordado durante la cena que en dos semanas pasarían los empleados del municipio a recoger los cajones de zanahorias y él, una vez más, no pudo decirle que no había zanahorias, que nunca había plantado esas semillas. Que ahí estaban los surcos, pero nada en ellos.

A veces se preguntaba si no tendrían razón todos, y él era un holgazán, o algo peor, un idiota que no servía ni para inventar una mentira que lo excusara. ¿En qué terminaría este asunto? Si el acuerdo con el municipio se cancelaba por su culpa, ¿qué le diría a su madre? Lo habían acorralado, y ahora su padre no estaba ahí para solucionarle los problemas, para que todo terminase, como había sido siempre, en una discusión familiar.

Extrañaba, más que nunca, a su padre.

A la mañana siguiente, faltaban unos minutos para las diez cuando Tomás se recostó sobre las bolsas de arpillería. La noche anterior casi no había dormido y el cuerpo le pesaba. Observó, muy alto en el cielo, una bandada de pájaros que torcía su rumbo hacia el norte. Más arriba, la blanca cumbre del Perimontu reflejaba su fulgor plateado por los rayos del sol matinal, que ya descendían al valle, cálidos y luminosos, dorando los pastizales. Las hojas de los árboles oscilaban apenas al compás de la brisa que provenía del este y, como parches colocados caprichosamente

Sergio Aguirre

sobre las laderas de los cerros, por aquí y por allá, los cuadrados de tierra arada mostraban sus relieves bajo la inclinación de la luz, a esa hora de la mañana. Tomás miraba distraído ese paisaje cuando algo llamó su atención, en la huerta, algo que, juraría, se había movido. Pero sus ojos sólo se encontraron con la figura del espartapájaros. Una parte de la vestimenta se había caído hacia un costado, y dejaba ver el esqueleto de madera. Se trataba de una camisa a cuadros que había pertenecido a su padre. Recordaba esa camisa. Permaneció un instante observándolo todo; el muñeco, la camisa, el esqueleto de madera que arrojaba su sombra sobre los surcos en la tierra... Fue cuando su mirada se detuvo. Algo allí le hizo inclinar la cabeza hacia adelante. Sin poder sacar los ojos de los surcos, dio unos pasos en esa dirección y comenzó a ver, cada vez más nítidos, aún pequeños y de un verde muy fresco, los brotes. Los brotes de zanahoria que, finalmente, se abrían paso a través de la tierra.

1972

Nadie escuchó el grito, a esa alta hora de la madrugada, aquella helada noche del mes de mayo. Provenía de la casa de la señora Bean.

Esa mañana la señora Bean se había levantado más temprano que lo habitual. Se hallaba particularmente inquieta porque ese día su rutina cambiaría y necesitaba prepararse, meditar cada una de las palabras que le diría a esa mujer, a esa peluquera de mala muerte. Porque aquella mañana iba a enfrentar a la serpiente que se había dedicado a difamarla durante tantos años.

Sergio Aguirre

Lo último que llegó a sus oídos no tenía perdón de Dios. La diabla dijo que ella no había querido colaborar en la feria de platos que organizaba la iglesia porque no soportaba que la gente prefiriese otras cosas a lo que ella había preparado. Y eso no era verdad. Ella no iba porque en esas reuniones había mucha perfidia. Pero esta vez no se callaría. La verdad estaba de su lado. Santa Juana de Arco se enfrentó a sus enemigos en la tierra. No había esperado la justicia divina y era santa, por lo cual, deducía, ella podía hacer lo mismo con la peluquera.

Semejante inspiración le sobrevino cuando vio la película "Juana de Arco", que habían transmitido por televisión hacía una semana. La televisión, por fin, había llegado a Crantock. El padre Benjamín, el primero en tener uno de esos aparatos, la instó a que adquiriese uno: "Va a ser muy bueno para usted, Francisca", y lo hizo con tanta vehemencia, que se vio casi obligada a comprar un televisor. Pero ella no estaba muy convencida. Le parecía un entretenimiento ligero y peligroso. Y le costaba entender la fascinación que mostraba el padre Benjamín por aquel invento.

Se acercó a la ventana de la cocina y contempló el cielo pálido, y el amanecer que iba tomando cuerpo sobre el jardín cubierto de escarcha. A veces la asombraba que, a pesar de las heladas y de su propio desinterés en trabajar con algo tan sucio como la tierra, los arbustos se conservaran vigorosos, dándole a su patio un aspecto sano y bonito. Hacia un costado, después de atravesar un sendero de adoquines, se hallaba el

*El misterio de Crantock*

pequeño cobertizo de madera que su marido había construido poco después de que se mudaran a la casa. Allí guardaba sus herramientas, al regresar del campo. Y era donde se cambiaba de ropa. Donde ella lo obligaba a cambiarse la ropa. *Ese olor a cerdo...*

Nunca entró al cobertizo, tampoco después de la muerte de su esposo. No tenía motivo alguno para hacerlo, se decía. Pensaba en el olor. Los olores quedaban impregnados por todas partes, eran horriblemente penetrantes.

*—Pero Francisca... yo trabajo con cerdos.*

*—¡Entonces lavate bien, porque olés igual!*

Muchas veces había considerado volver a pintarlo. Le desagradaba el color rojo. Le parecía un color obsceno, provocativo. La sangre era roja, y por eso estaba oculta, pensaba. El diablo era rojo. Sin embargo, la pintura del cobertizo extrañamente no envejecía, y eso había postergado su decisión.

Escuchó las campanas de la iglesia.

Se puso el abrigo, y se disponía a salir cuando encontró su mirada en el espejo de la sala. Observó su rostro, su cabello, ya completamente blanco. Se persignó frente al cuadro del Corazón de Jesús que pendía sobre la puerta, y salió.

*—Esto no te va a quedar bien —afirmó la señora Tossi a una clienta, mientras miraba la fotografía de la actriz que sonreía desde la revista—. El peinado tiene que resaltar tus rasgos lindos y disimular —remarcó— los feos. Y con éste vas a parecer disfrazada. Ése es mi*

Sergio Aguirre

consejo, vos hacé lo que quieras –concluyó, indiferente a la repentina desilusión que se dibujó en el rostro de la mujer.

–Si decís que me va a quedar mal... sigo con el de siempre.

–Por eso –dijo la peluquera poniendo manos a la obra para hacer, una vez más, el peinado que venía realizándole hacía años, y que era otra variación de los tres únicos peinados que sabía. La señora Tossi detestaba cuando alguna mujer venía pidiéndole un peinado nuevo, sacado de una revista.

–Yo porque quería cambiar un poco...

–Ahora que decís de cambiar –dijo la peluquera cambiando de tema–. Parece que el año que viene hay elecciones. Es de suponer que a nadie se le ocurrirá presentarse contra Crane...

–Sería ridículo.

–Ah... Pero nunca falta el que quiere cambiar, probar con gente nueva, con otras ideas, no darle la espalda al progreso –remarcó con burla, e hizo una pausa antes de continuar:

–Me pregunto: ¿Quién otro hubiese hecho lo que hizo Crane por el hijo de Olivia Reyes? Pagarle de su propio bolsillo los colegios especiales en la capital... –y bajó la voz para agregar–: También es cierto que ese sobrino que tiene casi lo mata aquel día... Pero lo mismo. Fue un acto noble, de eso no quedan dudas –hizo una pausa y dijo, como al pasar–: ¿Qué cosa, no? Al final ese accidente resultó... en beneficio –dejó que la última palabra quedase flotando, y añadió–: La vecina me

*El misterio de Crantock*

contó que era una criatura con muchas fantasías, pobre, como no ve... –hizo un gesto en señal de indulgencia, y acto seguido frunció el ceño para decir–: Siempre sospeché que la madre...

En ese instante se detuvo en seco, cuando vio, a través de la ventana, que Francisca Bean se acercaba a la peluquería con paso decidido.

–¿Qué? No me digás que... Viene para acá. Sí... ¡Ahí viene, ahí viene!

A la señora Finn, que pasaba por allí en ese momento, le costó creer lo que veía. Francisca Bean entrando al salón de la señora Tossi. Era sabido que ambas mujeres se detestaban. Aunque, a excepción del cura, la señora Bean no quería a nadie, en realidad. Había oído que siempre había sido una mujer muy religiosa y algo extravagante, pero en los últimos años se comportaba como si todo el pueblo fuese su enemigo. Recordaba su primer encuentro con la señora Bean, hacía unos años, en la consulta del marido. Sentada muy erguida en la sala de espera, lanzándole miradas furibundas a cada intento de ella por entablar conversación. Pobre mujer...

La señora Finn se dirigía a la oficina de correos. Faltaban pocos días para el cumpleaños de su esposo y ella le había comprado por correspondencia la nueva enciclopedia de flores de un autor inglés que él mencionaba. "La edición más completa", decía el catálogo. Quería ver su rostro cuando abriera el paquete. La botánica y todo ese asunto de las especies vegetales lo

apasionaban de tal manera que a veces llegaba a provocarle celos. Era una verdadera fortuna, pensaba la señora Finn, tener una afición que a uno le deparase tanto placer. A ella le hubiera gustado sentir una inclinación por algo así, algo que la ocupara con el entusiasmo siempre nuevo que percibía en su marido, pero no contaba con esa suerte. Aunque, pensándolo bien, ella también tenía una inclinación que la ocupaba y hacía con placer: *él*.

Cuando la señora Bean abrió los ojos estaba todo oscuro. Se había quedado dormida. Tuvo el impulso de iniciar un rezo, pero una sed espantosa la quemaba por dentro. Con la mano, que aún apretaba su rosario de madera, encendió la lámpara de la mesa de luz. Se levantó, y arrastrando los pies se dirigió a la cocina. Se sentía abotagada y débil. Había rezado todo el día. Miró el reloj. Era la una de la madrugada. Se sirvió agua de la canilla y la bebió con la mirada perdida en la ventana, que mostraba la noche.

Entonces, lo que había ocurrido en la peluquería esa mañana regresó a su mente.

Francisca entró al salón y se paró frente a la señora Tossi. Había dos mujeres allí, pero ella sólo parecía ver a la peluquera:

-Vengo a decirle que usted es una mala mujer. Y Dios la va a castigar por todas las injurias que salen de su boca, y por todas las... -en este punto, al ver que la otra la miraba impasible, se descontroló:

-¡Hija de Satán! ¡Te vas a ir al infierno con todos tus hermanos por tus calumnias, hereje, pecadora, novia del demonio! -y siguió con una cadena de insultos que parecía no tener fin.

La señora Tossi la dejó continuar. Había aguardado por años la oportunidad de tener enfrente a Francisca Bean y decirle, por fin, lo que ella sabía. En sus ojos brillaba una chispa de triunfo.

-¡...Y vas a arder! -concluyó la señora Bean gritando, en una última descarga.

Rita Tossi la miró con la misma sonrisa socarrona con que la había escuchado, y después de un instante, dijo:

-¿En serio? -entonces comenzó:- Me alegro de que hayas venido porque hace mucho que quiero decirte algo. Y también me alegra que estas señoras estén presentes así todo el mundo se entera por fin de quién sos, y de lo que hiciste -se dio vuelta dirigiéndose a las mujeres que asistían, petrificadas, a esa escena-. La señora Francisca Bean, ahí como la ven, obligaba a su marido, que era un *santo* -remarcó especialmente esta palabra-, pobrecito, a bañarse en el patio para que no le trajera malos olores adentro de la casa, no importaba el frío que hiciera. Ésa es la razón por la que enfermó ese año -clavó entonces su mirada en la señora Bean-: Fue así como lo mataste, ¿verdad?

El silencio que siguió a esas palabras fue tan intenso que parecía que en el salón nadie respiraba. Francisca Bean había quedado inmóvil, como si algo dentro de ella se hubiera roto y le impidiera reaccionar.

Sergio Aguirre

-Él era mi primo, y solía contarme -un asomo de dolor apareció en la voz de la señora Tossi-. Era un muchacho bueno, trabajador, él... -de repente su rostro se contrajo de furia:

-¿Cómo fuiste capaz?

Sin sacarle los ojos de encima, se acercó hacia la señora Bean y con un movimiento lento y amenazador, que semejaba el de una serpiente, estiró su cuello hasta dejar la boca muy cerca del oído de Francisca, y le susurró:

*-Acá la única que se va al infierno sos vos.*

El rostro de la señora Bean palideció intensamente, como si acabara de escuchar una sentencia. Y sin decir una palabra, salió de allí.

A través de la ventana la vieron correr en dirección a su casa.

Era muy tarde para ir a ver al padre Benjamín. Pensó que tal vez debería tomar otra de esas pastillas que le había recetado el doctor Finn. O salir al patio. El aire fresco la haría sentirse limpia y purificada. Pero afuera helaba.

*-Por favor Francisca, dejame entrar... Este frío me va a hacer mal.*

*-¡No! Un poco más, ese olor no sale fácil...*

Corrió las cortinas de la ventana y dejó afuera la noche. Su mente estaba abarrotada de impurezas, y ya no sabía cómo limpiarlas. La culpa era de ella, por mezclarse con la chusma. La chusma. Tenía que hablar otra vez con el padre Benjamín. Él le diría cómo liberarse de

El misterio de Crantock

toda la maldad que la rodeaba. Era un pueblo malvado. Crantock era un pueblo malvado. ¿Es que el padre Benjamín no se daba cuenta? El padre Benjamín era un santo, y sólo podía ver la bondad. Por eso cuando ella le comunicaba sus descubrimientos sobre la gente, él se negaba a aceptarlos. Ahora entendía. Ahora entendía todo. Él era un santo.

*"Obligaba a su marido, que era un santo..."* De repente se tomó de los cabellos y tiró de ellos como si quisiera arrancarse el recuerdo de esa mujer. Ella la había envenenado esa mañana. Esa serpiente la había envenenado. ¡Eso era! Medusa. La de los cabellos de serpiente. Y propagaba el mal de esa manera. Llenando las cabezas de serpientes. Envenenando todas las cabezas de las mujeres, una por una... Por eso era peluquera.

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Juntó bien fuerte las manos para rezar y dijo: "Señor no me abandones, no me dejes sola en este páramo de dolor, protégeme de Lucifer y de sus hijos, no me..." Se detuvo. Sus manos, todo su cuerpo, estaban temblando. "Debe usted tranquilizarse", le había dicho el doctor Finn, la vez que el padre Benjamín la obligó a visitarlo. ¿Y si le daba un ataque? ¿Y si esa noche se moría, sin confesión? ¿Iría al infierno? ¿Qué podía hacer? Entonces recordó las palabras del sacerdote: "Debe alimentar su espíritu con otras cosas, Francisca, leer, mirar televisión..." Como si ese recuerdo fuese un mandato, se levantó de la silla y fue a la sala. Sobre el mueble había tres libros. La Biblia, un manual de cocina que le habían regalado cuando se casó, y un libro de cuentos

Sergio Aguirre

que conservaba de niña. Eligió los cuentos. Fue al dormitorio y se acostó en su cama. Seguiría el consejo del padre Benjamín. Y también tomaría otra pastilla. No podía morirse esa noche.

Comenzó a hojear el libro y trató de concentrarse en el primer cuento:

*Una vez vivía en una aldea una niña campesina, la más linda que se había visto. Si su madre la quería con exceso, su abuela la idolatraba. La buena de la abuela le había hecho una caperuza encarnada, y le caía tan bien y le daba tanta gracia...*

No podía. ¿Por qué el padre Benjamín le aconsejaba leer? ¿Cómo concentrarse en esas historias, si su cabeza estaba envenenada? Tomó una pastilla, y decidió rezar en voz baja, y mirar las ilustraciones.

Poco después se quedó dormida, y soñó:

Camina por el bosque. Es un bosque cerrado y oscuro. De pronto, los espesos muros de troncos se abren a un claro y arriba el cielo por fin se descubre, profundamente azul. En el medio ve una casita de campo. Es de madera, con el tejado pintado de un extraño rojo púrpura, casi oculto tras indóciles marañas de viña. Hay alguien adentro. Lo sabe por la columna de humo que sube desde la chimenea. No está en Crantock, piensa, porque en Crantock todas las casas son de piedra. Abre la puerta y entra. Hay cuadros, una mecedora, flores sobre una mesa, y una niña, una niña hermosa, de pie en un rincón. Tiene la sensación de que está esperándola. Sin embargo, no ve cambio alguno en el rostro de la chica, que le dice señalando hacia

*El misterio de Crantock*

una puerta cerrada: "Ya debo irme, ¿puede cuidarla un momento?" Ella se sorprende, no era común que alguien le pidiera un favor. "¿Por qué yo?", le pregunta. "Porque mi abuela está enferma", responde la niña y va hacia la puerta. Lleva una canasta en el brazo. Entonces se da cuenta de quién se trata, y le pregunta: "¿Eres Caperucita?" La niña, con la mano en el picaporte, se detiene un instante antes de salir, la mira a los ojos, y dice: "Roja".

Ahora, a través de aquella puerta, escucha una voz: "¿Cuánto más tengo que esperar?" Antes de abrirla, percibe un fuerte olor a menta. Al entrar ve una anciana recostada contra el respaldo de una inmensa cama. En su mano izquierda tiene un espejo y en la otra un pañuelo con el que se frota la cara, una y otra vez. Ni siquiera alza la vista cuando ella entra, no la mira, no le dirige la palabra. A ella le resulta un rostro familiar, pero no recuerda quién es. Hasta que al fin la anciana dice: "No me gustan las tazas sucias para el día siguiente". Es su abuela. "Seguís mugrienta, por lo que veo", y con el brazo hace un gesto para que no se acerque: "De acá siento el olor". Ella retrocede. Un antiguo pánico comienza a invadirla. Entonces ve que su abuela se pasa la mano muy suavemente por el rostro, y su expresión cambia cuando dice: "¿Te parece que debería pintarme? Ella mira hacia la ventana. De pronto ha anochecido. Piensa que la niña no va a regresar, y ella quiere irse de allí: "Ya es tarde, tiene que dormirse". La anciana achica los ojos con picardía y dice en voz baja: "Aún tiene que venir el lobo".

Al salir se encuentra en el centro de la peluquería. A su lado oye un ruido, y cuando volteá la cabeza ve

Sergio Aguirre

a Jeremías Crane de pie tras el sillón de la peluquería. Lo hacer girar y con un gesto la invita a sentarse. Ella lo hace y piensa: "No sabía que el señor Crane se dedicaba a esto". Él observa su cabeza con detenimiento. Después hace una mueca, que ella no sabe interpretar. Es extraña, graciosa para un hombre de su edad. Ella acerca su rostro al espejo y con una mano estira apenas la piel para disimular las arrugas. Dice: "Me veo vieja...". Al escucharla, el señor Crane hace otro mohín, más ridículo que el anterior. ¿Se está burlando de ella? "Quizá tengamos que hacerlo de piedra. No envejece, no es necesario pintarlo..." dice él. Entonces, súbitamente apoya sus manos sobre las sienes y comienza a apretarlas cada vez más fuerte. La va a matar. Se libera de las manos de Crane y corre hasta alcanzar la puerta.

Sale a una calle estrecha, cerca de la iglesia. Ha llovido y es invierno porque el empedrado está congelado y lleno de charcos. En la vereda opuesta, el copón plateado de un velorio. Piensa que el padre Benjamín debe estar allí, y entra.

El lugar está atiborrado de gente. Alguien la empuja. Son dos señoras gordas y bien vestidas que pasan a su lado. Una de ellas se da vuelta disimuladamente y la mira, para después susurrar algo al oído de la otra. Ella busca al padre Benjamín, pero no lo encuentra por ningún lado. Entonces descubre, en el extremo del salón, bajo una enorme corona de flores, el féretro abierto. Desde allí no alcanza a ver el cuerpo, y se pregunta quién ha muerto. A un costado, el doctor Finn y su mujer están discutiendo, pero no los oye, como si de

*El misterio de Crantock*

sus bocas no saliese sonido alguno. En fila contra una pared, los cuatro hermanos Ferraz, que parecen idiotas con la mirada perdida. Alma Babor deambula por el salón saludando a unos y a otros con una leve inclinación de cabeza. Le resulta extraño que no lleve hábitos. ¿No se había convertido en monja?

Entonces escucha el llanto.

Proviene de un rincón oscuro, junto a la chimenea. Mira fijamente hacia ese lugar. Es un llanto conocido. Considera que debe saludar a los deudos. Lentamente se acerca para ver el rostro del que llora. "Era un santo", murmura alguien cerca de ella, y la toman del brazo. Es Lucía Babor, que con gentileza, pero firmemente, la conduce hacia el cajón mientras le susurra: "Ahora descansa, pero sufrió mucho". Ella se deja llevar, al tiempo que mira a su alrededor. ¿Dónde está el padre Benjamín? Descubre a la niña de la casa del bosque, escabulléndose entre la gente. "Parece dormido, pobrecito", le dice ahora Lucía Babor. Ya está frente al cajón y al bajar la vista no puede reprimir un grito. Entre los blancos encajes que sobresalen del féretro ve, con la cabeza vuelta hacia arriba, y extendido de una manera anormal, un enorme cerdo con la boca entreabierta.

Comienza a retroceder despavorida mientras Lucía Babor le pregunta, con una sonrisa: "¿No es precioso?" Siente que se ahoga, y en ese instante otras manos la toman y la arrastran hasta el rincón donde escuchaba aquél llanto. Entonces, desde la oscuridad ve avanzar a su esposo con los brazos extendidos. Sólo que les

Sergio Aguirre

falta algo para ser sus brazos. Los extremos, en lugar de manos, mostraban algo parecido a muñones.

*"Ya me lavé las manos Francisca."*

Está nuevamente en la calle. En la esquina hay un grupo de mujeres. Teme que la persigan. ¿Qué cosas le harán si consiguen alcanzarla?

Ha salido del pueblo. Hace un frío atroz. Llega a una curva del camino. Sus piernas no le responden, teme caerse. *"Señor dame fuerzas"*, repite, hasta que encuentra, a pocos pasos de ella, al padre Benjamín. El padre Benjamín, sentado sobre una piedra, a la vera del camino, como siempre, con una sonrisa en sus labios. *"¡Padre!"*, exclama, y se arrodilla a sus pies, agotada, suplicante. Lo toma de las manos: *"¡Padre ayúdeme! ¡Estoy perdida, el Señor me ha abandonado! ¡No sé adónde ir!"* La sonrisa del padre Benjamín va apagándose poco a poco, hasta que la aparta violentamente. Ella cae al suelo. Los ojos del sacerdote muestran un desprecio que le congela la sangre. Él extiende su brazo en dirección al pueblo. Entonces escucha, saliendo de la boca del padre Benjamín, la horrible voz de Rita Tossi que le dice: *"¡El infierno es por allá, querida!"*

Su grito la despertó.

Podía escuchar su corazón latiendo con fuerza, y pensó que moriría. Se levantó y encendió todas las luces de la casa. Cruzó la cocina en dirección al patio, abrió la puerta, y salió a la fría noche. No le importaba. Comenzó a inspirar profundamente, una y otra vez, tenía que limpiarse, limpiarse... Entonces, al

*El misterio de Crantock*

abrir los ojos, se llevó la mano a la boca y comenzó a retroceder, loca de espanto.

El cobertizo había comenzado a elevarse, muy lentamente, hasta quedar suspendido en el aire. Y después, como si una mano invisible lo maniobrase, descendió hasta posarse de nuevo, en el fondo del oscuro patio helado.

**1977**

El doctor Finn murió un domingo de noviembre.

Esa tarde se disponía a salir de su casa para internarse por uno de los sinuosos y estrechos senderos que trepaban la montaña. El doctor Finn amaba la naturaleza y se enorgullecía de su capacidad observadora que, según él creía, lo acercaba a los verdaderos hombres de ciencia. "En un pueblo -decía- donde no existen hospitales y los instrumentos escasean, un médico sólo cuenta con sus ojos." En sus paseos por el bosque solía tomar muestras de vegetales, especies que consideraba exóticas, para compararlas después con los catálogos

Sergio Aguirre

de botánica que guardaba en su biblioteca. Por eso los domingos el doctor Finn gozaba del placer de escapar de las habituales obligaciones a que lo sometía ser el único médico de Crantock. Y de ser el único marido de la señora Finn:

—Félix, no quiero que salgas desabrigado. Un médico debe saber que cuando baja el sol se pone frío y lo malo son los cambios de temperatura. Y eso sucede en dos minutos, ¿qué digo dos?, en uno, ¡en nada! No cuesta nada abrigarse, y no importa que ahora haga calor. Justamente, es lo peligroso, uno nunca sabe cuándo viene el cambio, el clima es así, traicionero...

La señora Finn era un buena y dedicada esposa, con un único defecto: no podía dejar de hablar. En diez años de matrimonio, el doctor Finn había aprendido a vivir con su mujer: una parte de su mente, la más superficial, escuchaba y respondía. El resto permanecía libre para las cosas que le interesaban.

—Llevo la campera, querida. Nos vemos luego —dijo al abrir la puerta, y salió.

A dos cuadras de la plaza, mientras decidía sobre los caminos más convenientes para seguir su paseo, no reparó en la ventana abierta de aquella casa oculta entre los árboles, que había permanecido cerrada durante trece años.

En su interior, en ese preciso momento, la hija de la señora Fogerty se hallaba de rodillas, tratando de cerrar una valija que contenía los viejos vestidos de su madre.

*El misterio de Crantock*

La señora Fogerty había muerto hacía poco más de un mes, en la capital, después de una larga enfermedad. Y ni siquiera en su lecho de muerte confesó la razón por la que abandonaron el pueblo, aquel día. Aunque le había hecho prometer, una vez más, que no regresaría a Crantock, nunca.

Pero ella quería ver el lugar donde había vivido con su padre, cuando era niña. Fue así que decidió, antes de vender la propiedad, desocuparla ella misma.

La inquietaba el estado en que encontraría una construcción que habría sufrido el paso del tiempo, sin habitantes. Sin embargo no fue el caso. Todo se hallaba exactamente como en el día anterior a la partida. Excepto por una cosa. El aire muerto de tantos años de encierro parecía estar ya adherido a los muebles y los objetos de la casa.

De su padre conservaba recuerdos muy borrosos. Era muy pequeña cuando él murió, apenas unos meses antes de que se fueran del pueblo. Había vuelto con la esperanza de recuperar parte de esa lejana época, pero ahora, otra vez allí, tenía la impresión de que en su memoria aquella noche se había tragado todo ese tiempo, todos sus recuerdos.

Nunca la olvidaría.

Ella ya se había acostado. A través de la puerta abierta de su cuarto podía ver el tenue resplandor de la luz, abajo en la sala, donde todas las noches su madre se demoraba con el tejido, antes de acostarse.

Juntas habían dicho las oraciones por el alma de su padre, frente a su retrato, sobre la mesa de luz. Ella

Sergio Aguirre

imaginaba que en ese mismo momento, como en la foto, él les sonreía desde el cielo.

Desde su habitación oía cómo su madre corría las cortinas de las tres ventanas de la sala: escuchó el sonido de la primera. Luego el de la segunda, y después el grito.

Pasaron unos segundos, hasta que su silueta se recortó bajo el marco de la puerta de su cuarto. Corrió hacia ella y la abrazó, como si quisiera cubrirla con su cuerpo, aterrizada. Temblaba de tal manera que la hacía temblar también a ella. En todos esos años no había olvidado las únicas palabras de su madre, aquella noche:

*"¡Subió al cielo!"*

Desde la planta alta observaba los árboles próximos a la casa, el alto seto de ligustros que la separaba de la calle, el arce del que aún pendía la hamaca, la pileta de lavar la ropa, el banco de piedra donde sus padres solían sentarse las noches de verano. Más allá el tejado de la casa vecina, la torre de la iglesia, el grupo de pinos que se elevaba desde la plaza... Permaneció un momento observando el paisaje y, una vez más, se hizo aquella pregunta: "¿Qué vio mi madre en el jardín?"

Mientras tanto, a una cuadra de la plaza, el doctor Finn se preguntaba por una variedad de hongos que crecía en esa época del año y que, extrañamente, aún no había aparecido. ¿Qué había sido de aquellas esporas? ¿Por qué no se reprodujeron en el lugar donde había

*El misterio de Crantock*

encontrado aquel maravilloso grupo de hongos violáceos y amarillos, el año pasado? Pequeñas diferencias de temperatura, repentinos cambios de humedad, nuevas especies que transformaban la composición química de la tierra... Tantas cosas podían haber ocurrido para que esas esporas, sencillamente, murieran. Percibía cosas muy curiosas en los vegetales. Era una pena que en el pueblo no hubiese nadie más interesado por la botánica. Le hubiera gustado compartir su asombro por aquello que, hasta donde llegaban sus conocimientos, no tenía explicación. A menudo pensaba en esto. Porque en Crantock, lo insólito, lo inexplicable, parecía encontrar un lugar privilegiado. Como hombre de ciencia le resultaba interesante observar la singular emoción que ejercía lo misterioso en la gente, y al mismo tiempo el rechazo que provocaba, especialmente en Crantock, cuando *eso* parecía estar tan cerca. Todos sus años en Crantock le habían enseñado que no era bueno pertenecer al grupo de los que perciben cosas extrañas.

—Supersticiones —sentenció Walter Crane aquella tarde, mientras mantenían una de sus típicas discusiones, jugando ajedrez sobre la mesa de mármol dispuesta en uno de los extremos del parque que circundaba "Los Alerces":

—Uno de los productos de la ignorancia, Félix.

—El hombre común siempre se ha explicado lo que no entiende como puede, Walter, espíritus, magia... —el médico hizo una pausa mientras reflexionaba sobre la jugada a seguir—. No sabemos mucho, ésa es la verdad. Cuando el hombre cree saber, la

Sergio Aguirre

naturaleza se encarga de decir: "Aquí hay otra causa, oculta". El mundo es un lugar... extraño.

El doctor Finn, que miraba el tablero, no percibió que Walter Crane había desviado fugazmente la vista hacia otro lugar, cuando murmuró:

—Ciento...

—Y naturalmente —prosiguió Finn, para alimentar la discusión—, ese tipo de cosas siempre acaba en el viejo asunto del bien y del mal.

—Es inevitable —dijo Crane con su seguridad habitual—. Son las categorías necesarias para nuestra supervivencia. Seguimos siendo animales, después de todo.

—Ah, en ese punto tengo mis dudas. Los animales son seres simples. Maravillosos, pero simples. La naturaleza humana, me temo, es mucho más... oscura.

—Oscura... —repitió Crane, algo divertido, mientras movía una pieza—. Qué palabra más odiosa para un hombre de ciencia.

—Exacto. Por eso me interesa la botánica, la naturaleza en su estado puro. Aún podemos confiar en ella. En cambio, tratándose del hombre... uno nunca sabe. A veces pienso que el hombre ha dejado de pertenecer a la naturaleza, Walter, si es que alguna vez fue parte de ella.

—Ahá... ¿Y a dónde pertenece, entonces? —preguntó Crane, en tono irónico.

—No lo sé. Probablemente a un lugar del que no conocemos mucho —el doctor Finn hizo un silencio, y con una sonrisa agregó—: Si Benjamín estuviese aquí diría que al cielo.

*El misterio de Crantock*

Crane lanzó una carcajada:

—Me inclinaría por el infierno, a juzgar por lo que se lee en los diarios...

—Quién sabe... A lo mejor estás en lo cierto. La historia se encargó de mostrarnos que aun los grandes hombres han sido capaces de actos infernales.

La expresión de Crane cambió ligeramente al escuchar esto último. Un recuerdo, como una sombra, cruzó por su mente en ese momento.

—Mi madre, que no tuvo oportunidad de estudiar historia, siempre repetía que... —antes de concluir la frase, el doctor Finn se detuvo al advertir que uno de sus alfiles corría serio peligro:

—*No todos son lo que parecen.*

Fue en ese momento cuando vio acercarse al padre Benjamín.

Venía cargado de paquetes envueltos en celofán de colores. A los cuarenta años el padre Benjamín se había convertido en un hombre regordete y calvo, cuyo rostro parecía no haber envejecido, al igual que su sonrisa pura y bondadosa.

—¡Doctor Finn! ¡Qué alegría verlo! —y sin que le preguntase nada, añadió—: Aquí me ve, camino a la escuela ien domingo! Los chicos han preparado una kermesse en beneficio de la iglesia. ¿Puede creerlo? ¡Y fue idea de ellos! —soltó una exclamación de júbilo—. Es que nos estamos preparando para el día de la Virgen. A mí me toca llevar estos regalos...

—Qué bien...

Sergio Aguirre

—Sí, ¿verdad? Les dije a las señoras que hoy podríamos hacer la feria de platos por la tarde. Algo nuevo, ¿no? De ese modo la gente podrá llevarse comida para la cena. Va a ser una verdadera fiesta popular y, ¿sabe qué? He preparado unos juegos distintos esta vez —bajó un poco la voz, como si le contase un secreto—: ique copié de la televisión!

—¿Ah, sí? Bueno, espero que todo sea un éxito.

—¡Claro que sí! Bien, debo irme ya porque si no todos se van a preguntar: ¿Y el padre Benjamín? ¿Y los regalos? —soltó una risa y continuó su camino.

Lo mismo hizo el doctor Finn y, al llegar a la plaza se detuvo a observar los árboles. Le parecía exquisito el modo en que se habían dispuesto allí las diferentes especies. Nunca se cansaba de admirar aquella composición. Conseguir, según él, que variedades regionales y exóticas conviviesen de manera tan natural y armónica, como si estuvieran destinadas a crecer juntas. Los grupos de árboles y coníferas, cuidadosamente elegidos, se hallaban a la distancia óptima para que los contrastes, en las distintas épocas del año, dialogasen de esa manera en que las diferencias brillan y se complementan.

Desde una de las esquinas de la plaza contempló las calles adoquinadas, con sus casas de piedra y techos de pizarra. Los cuidados jardines, las pintorescas tiendas que se extendían por la calle principal y, como fondo, el verde profundo de los cerros. Crantock era, en verdad, un lugar hermoso.

Algunos comerciantes no abandonaban la idea de desarrollar el turismo en el pueblo. No sin razón insistían

*El misterio de Crantock*

en que con el tiempo podría significar una verdadera fuente de ingresos y desarrollo para Crantock.

Pero el municipio siempre manifestó un firme desacuerdo con la idea de convertir al pueblo en una villa turística. Tampoco la gente quería eso. Compartían la idea de que algo así acabaría con la natural belleza del pueblo. Algunos pensaban, incluso, que ya circulaban demasiados autos por las calles.

“He visto muchos lugares prostituirse de esa manera”, le había dicho una vez Walter Crane. “Parecen mujeres que alguna vez fueron hermosas, y luego simplemente viejas pintarrajeadas para complacer a sus visitantes.”

Al salir de la plaza tomó por una calle en dirección al Perimontu. A los pocos metros vio el cartel frente a la casa de la señora Bean: “En venta”. Finalmente su hermano había decidido venderla, perdida ya la esperanza de que alguna vez Francisca retornara a vivir allí. Los médicos del sanatorio donde estaba recluida no eran optimistas al respecto.

Recordó aquella mañana cuando el padre Benjamín, alarmado porque no había asistido a misa, acudió a la casa de la señora Bean.

La encontró en un rincón de la sala, aferrada a un enorme cuadro del Corazón de Jesús y una expresión de terror en sus ojos que no le conocía. Cuando se acercó, él, la única persona en la que ella confiaba, su sacerdote y amigo, la mujer chilló como si estuviese viendo al mismo demonio.

Aunque la noticia de la partida de la señora Bean y sus tristes circunstancias causaron algún estupor en

el pueblo, se tuvo la sensación de que, tarde o temprano, algo semejante iba a ocurrir con esa pobre mujer. Ahora, con la casa en venta, lo único que quedaba de Francisca Bean era su recuerdo.

El doctor Finn se había alejado ya de las últimas casas del pueblo por el camino que, poco a poco, ascendía para finalmente adentrarse en el bosque, al pie del Perimontu.

Con la caminata el calor se tornaba más intenso. Detuvo su marcha para tomar un trago del agua que llevaba en la cantimplora. La tarde era luminosa. Arriba en el cielo, apenas unas finas nubes blancas, de bordes incandescentes, eran empujadas de ese modo casi imperceptible en que lo hace el viento a esas alturas. Observó los campos arados, con su verde fresco y brillante. A su alrededor los insectos murmuraban y, del otro lado del camino, sola en el medio de la pradera, una vaca rumiaba bajo los rayos del sol, indiferente y contenta, mientras se espantaba las moscas con la cola.

Poco después el doctor Finn entraba al bosque dejando afuera la luz del sol, las nubes, la vaca y los campos arados.

Siguiendo la ruta que se había propuesto, avanzó montaña arriba durante casi dos horas y, cada tanto, se detenía con la esperanza de encontrar una variedad de orquídeas parásitas que aún no lograba encontrar en sus libros. Debía prestar mucha atención. Algunas eran verdes y se confundían con el follaje. Concentrado en sus observaciones proseguía su camino, cuando de pronto, en un recodo de aquel sendero, una visión

las interrumpió. La hierba allí parecía cambiar de color. La diferencia era apenas visible, pero no para él. El contraste se producía a partir de una línea que corría a través del suelo para ocultarse entre la vegetación, que se hacia más estrecha. Lo sorprendió que nunca antes hubiese reparado en ese fenómeno. Pero era cierto, también, que nunca se había aventurado tan lejos como esa tarde.

Se arrodilló para observar aquel césped con detenimiento, buscando algún indicio de lo que provocaba esa transformación. Nada a simple vista. Levantó su mirada para verificar si alguna sombra, tal vez, engendraba aquella ilusión. Pero arriba todo lucía limpio y despejado.

Y al parecer se trataba de la misma especie de hierba. Pensó que algo la había perturbado. Tocó las dos variedades. No percibía diferencias. Entonces sacó de su abrigo la pequeña navaja que utilizaba en esas ocasiones y, realizando un corte de forma rectangular, extrajo un trozo de tierra con ambas variaciones de aquel pasto, y lo guardó en el bolso. Aquello era muy interesante.

El frío aire de la tarde ya penetraba a través de sus ropas. Los últimos rayos de sol se habían ocultado tras los árboles y, aunque la luz del día aún no se disipaba, sabía que las sombras del bosque no tardarían en cubrirlo todo. Era hora de volver.

Emprendió el regreso desandando el mismo recorrido que lo había llevado hasta ese sitio. Aspiró la fragancia del río, de la hierba cubierta de humedad y de la corteza de los árboles.

Desconocía aquella región de la montaña y decidió no aventurarse por otros senderos. Allí había senderos. Le resultó curioso que alguna persona del pueblo se internase en el bosque, hasta ese lugar tan apartado, con la asiduidad necesaria como para que se formaran senderos. Esa tarde, pensó el doctor Finn, había sido una tarde de descubrimientos extraños.

Pero aún faltaba el último.

Después de andar un trecho percibió el murmullo del río que nacía cerca de allí, con los afluentes que bajaban del Perimontu. Con la marcha, aquel sonido se hacía más fuerte y claro. Se estaba acercando. Una sola vez había intentado llegar hasta el nacimiento del río, pero desde mucho antes la vegetación se tornaba tan cerrada, el terreno tan accidentado, que le resultó imposible seguir avanzando. Sin embargo ahora, aquel sendero le permitía aproximarse sin mayor dificultad. Por la intensidad que cobraba el ruido del agua, no se hallaba muy lejos. En eso pensaba cuando de pronto el bosque se sumió en un silencio absoluto.

El sonido del río cesó de escucharse repentinamente.

¿Qué había ocurrido?, se preguntaba, aún sin salir de su asombro, desorientado por aquel fenómeno. ¿Era eso, una especie de fenómeno acústico? Algo vacilante, reanudó la marcha en aquella dirección. Oía sus pasos, el sonido de su respiración... No estaba sordo. Pocos metros más adelante el sendero llegaba a su fin. Ahí abajo estaba, debía estar, el río. Se aproximó con extremo cuidado, y al asomarse por aquel barranco

vio que la corriente de agua había desaparecido. En el fondo de esa profunda cañada fluía un lento arroyuelo, desplazándose entre las piedras. Lo recorrió con la mirada siguiendo su curso cuando, en el mismo nacimiento del río, creyó ver algo. Algo que no parecía natural.

¿Qué era?

Permaneció de pie, sin sacar la vista de ese sitio, lamentando no haber llevado su máquina fotográfica. Seguramente había permanecido oculto bajo la corriente de agua, que ahí era más profunda. No podía irse sin observar aquello más de cerca. Sin pensarlo demasiado, se afirmó en algunas raíces de árboles que sobresalían en esa pendiente que llegaba hasta el río, y comenzó el descenso. Bajar por allí era muy peligroso.

Pero no le importó.

El cuerpo sin vida del doctor Finn fue descubierto por una niña que iba camino de la escuela, la mañana siguiente. Estaba atascado entre las piedras, debajo de un puente. Sólo, su rostro permanecía en la superficie, con los ojos abiertos. La niña, antes de acercarse, creyó ver una máscara que flotaba en el río.

**1986**

Se detuvieron un instante ante la puerta de hierro, en la entrada del cementerio. Uno de los hombres la abrió, y apoyando levemente su mano en la espalda del otro, lo condujo hacia el interior. Allí, tomados del brazo, avanzaron con paso cauteloso. Era una extraña tarde de octubre. El viento norte había templado el clima, y aunque el sol ya estaba oculto tras los cerros, la luz del crepúsculo hacía que las flores depositadas sobre algunas de las tumbas aún irradiasen un color vivo e intenso.

—Es por aquí —dijo uno, señalando con el brazo libre un sendero, innecesariamente, pues su compañero era ciego.

Sergio Aguirre

Después de caminar por las calles de Crantock, como cuando eran niños, Víctor le pidió a Pablo que lo acompañase al cementerio para visitar la tumba de su madre. Olivia Reyes había fallecido hacía tres años. Un leve malestar en el estómago, que ella insistió en tratar con preparados a base de hierbas y hongos que recogía del bosque, acabó con su vida en dos días. Sin saberlo, ella misma se había envenenado.

"Me dijo que conocía muy bien lo que estaba usando", repetía su marido, aún incrédulo ante el cadáver de su esposa...

Desde entonces Víctor regresaba a Crantock luego de intervalos cada vez más prolongados. Tras graduarse en leyes había conseguido ingresar, gracias a una recomendación de Crane, a un estudio de Buenos Aires y prometía convertirse en un joven y prestigioso abogado. "El ciego", como lo llamaban sus colegas, demostraba una singular lucidez para interpretar la ley, especialmente aquellos pasajes donde se tornaba oscura para los demás. No había abandonado, sin embargo, su antigua pasión por inventar historias. Gozaba ya de cierta notoriedad escribiendo obras de teatro para niños no videntes.

Su amigo Pablo había permanecido en Crantock, al frente de la farmacia que fue de su padre, y antes de su abuelo. Se casó con su primera novia, con quien tuvo un hijo, y esperaba, feliz, el segundo.

Ambos permanecieron en silencio frente a la tumba. Allí acudieron a la memoria de Pablo los tres recuerdos más nítidos que conservaba de la madre de Víctor:

*El misterio de Crantock*

Leyéndoles, sentada en aquel banco debajo del cedro, en el patio de la casa.

Subiendo las escaleras de la casa de Crane con el rostro demudado, cuando la llamaron el día de aquel cumpleaños.

A ese recuerdo siempre le seguía el de la ira del señor Crane, al enterarse de las circunstancias de aquel golpe. Aunque Orson lo juraba, nadie creyó que había sido un accidente.

Y la última imagen, aquella que si pudiera quitaría de su memoria: la madre de Víctor girando la cabeza, sobresaltada, la tarde en que abrió por accidente la puerta del cuarto de la señora Reyes y la descubrió arrodillada en el centro de lo que le pareció un círculo de velas encendidas, rodeando símbolos extraños, pintados en rojo, sobre el piso de la habitación.

Walter Crane había sido uno de los temas de conversación durante la caminata de esa tarde, cuando Pablo le contó las pocas novedades del pueblo. A propósito de la reciente incorporación de Peter como secretario, y lo que ya parecía una suerte de reinado de los Crane en el municipio, le relató un par de anécdotas que reflejaban la impresionante similitud de carácter entre ambos, a pesar de que no eran de la misma sangre. Se trataba de una observación ya clásica en Crantock, teniendo en cuenta la personalidad del verdadero padre de Peter, muerto a causa del alcohol hacía algunos años. Víctor no dejaba de asombrarse por la insistencia de la gente en explicar el

Sergio Aguirre

comportamiento de las personas a partir de la sangre. Y así fue como Pablo propuso el ejemplo opuesto: el propio sobrino, Orson Crane, con su vida turbia y disipada.

—Se dice que tuvo problemas con la ley —dijo, haciendo eco de los rumores sobre una fuerte inclinación al juego, entre otros vicios.

Víctor permaneció en silencio.

—¿Quién está enterrado al lado? —preguntó Víctor. Pablo miró la lápida que se hallaba a la derecha:

—Los McNair, enterraron a los dos juntos.

—¿Los McNair murieron?

—El año pasado. Primero él, y ella a los pocos meses —y agregó, con curiosidad—. ¿Por qué querés saber a quién enterraron al lado de tu mamá?

—Por nada en especial... Me acuerdo de un cuento que escribí hace unos meses, de muertos que son vecinos. Vecinos de tumba.

Pablo sonrió. Otra vez Víctor con sus historias.

—¿Y de qué se trata?

—De unos vecinos que se odiaban. Después de que ambos creyeran que la muerte, al fin, los libraría de la presencia del otro, tuvieron la mala suerte de que los enterraran en tumbas contiguas. Y quedan condenados a permanecer juntos, para continuar odiándose bajo la tierra, cada uno como única compañía del otro, en la eterna oscuridad...

—Divertido. ¿Cómo se llama?

—“El Infierno”.

*El misterio de Crantock*

De pronto Pablo, que ahora miraba el espacio vacío que seguía a la tumba de los McNair, soltó una risa:

—Espero entonces que ninguno de los Ferraz sea enterrado aquí, junto a los McNair.

—¿Por qué? —preguntó Víctor, intrigado.

—Hubo una pelea... algo que dio que hablar por unos días en el pueblo.

—¿Una pelea?

—Ellos eran vecinos... Unos meses antes de morir, McNair denunció que los Ferraz se habían metido en su casa. Decía que los había escuchado en el techo un par de noches, robándole las tejas.

Víctor echó levemente la cabeza hacia atrás, algo sorprendido:

—¿Y eso era cierto?

—Por supuesto que no. La historia viene de antes... Los Ferraz le habían propuesto comprarle la granja, para cuando McNair ya no pudiera trabajarla. Siempre quisieron esa propiedad. El viejo McNair lo sabía, y eso no lo dejaba tranquilo. Era un hombre obsesionado con su granja, de los que mantienen todo ordenado, limpio, como recién pintado... Los Ferraz, en cambio, nunca fueron gente cuidadosa. Y era la pesadilla de McNair: que su granja cayera en manos de los Ferraz. Cuando el comisario fue a inspeccionar encontró todo en su sitio. Parecía una locura del viejo. Sin embargo la señora McNair también había oído ruidos en el techo...

—¿Ella también? —de pronto Víctor se mostraba interesado.

Sergio Aguirre

—Sí... Al poco tiempo McNair hizo otra denuncia: esta vez los acusaba de haber cambiado el vidrio de una ventana del galpón, que se había roto al quedar abierta un día de mucho viento. Como McNair ya no podía levantarse de la cama, el vidrio continuó así por un tiempo. Una mañana la mujer le dijo que alguien lo había cambiado. Se puso furioso. Los Ferraz aseguraban que ellos no habían tocado nada. Fueron una tarde, incluso, para hablar con él y aclarar las cosas. Pero el viejo, como pudo, se levantó de la cama, abrió la puerta, y a punta de escopeta les dijo que no los quería ver por ahí nunca más.

—¿Pero quién cambió el vidrio?

—Nunca se supo... Todos pensaron que fue el mismo McNair.

Víctor frunció el ceño, como si le costase creer esto último. Al verlo, Pablo agregó:

—¿Quién, sino él?

—Eso no tiene sentido... Si apenas podía levantarse.

—Víctor parecía considerar aquel asunto con cuidado.

—¿Y qué decía su mujer?

—Nada, esa vez no dijo nada.

Los dos amigos se habían retirado ya de la fila de tumbas y se dirigían hacia un banco de piedra que se hallaba contra el muro del cementerio.

—Supongo que son cosas de viejos que han vivido trabajando —Pablo continuó—, y de pronto se ven posados en una cama todo el día. Algunos se ponen locos.

—¿Pensás que estaba loco? —preguntó Víctor cuando se sentaron.

—No es raro, a esa edad —afirmó Pablo—. El abuelo de mi esposa, el carpintero, antes de morir también decía cosas. Le dio por decir que no estaba en su casa, que ésa no era su casa.

—¿Cómo?

—Quería renovar la pintura de las ventanas, pero enfermó antes. Como el médico dijo que lo que tenía era fulminante, mi suegro decidió que lo haría él, como para darle el gusto. El viejo insistía con que era mejor despintar primero. En realidad la pintura estaba buena, no hacía falta renovar nada, pero se le había puesto esa idea. Y cuando las vio despintadas, empeoró. Decía que no eran las ventanas que él había fabricado. Que él las hacía de roble, y éstas eran de otra madera, una madera que no conocía. Después empezó a ver otras cosas...

—Pablo se detuvo, como si no estuviera muy seguro de seguir hablando—. Se puso cada vez peor.

—¿Creés que también él enloqueció? —preguntó Víctor, dejando ver sus dudas.

Pablo se alzó de hombros:

—¿Qué más podría ser?

Víctor permaneció callado un momento, perplejo ante la simplicidad de aquella explicación. De pronto sentía nostalgia al pensar la curiosidad que le hubieran provocado a Pablo esos episodios, las conjeturas que hubiesen hecho en torno a esas ventanas, veinte años atrás, cuando eran niños:

—Pablo... ¿No te parece extraño? Ese hombre sabía de maderas, él mismo había construido esas ventanas.

Pablo giró levemente la cabeza en dirección a las lápidas, que poco a poco perdían su nitidez, bajo la bruma del atardecer:

—Estaba enfermo.

—Y también McNair. Pero eso no explica el cambio del vidrio, ni los ruidos en el techo... Su mujer los escuchó.

—A lo mejor fue ella quien cambió el vidrio —se apresuró a decir Pablo, como si descubriese que aquello tenía sentido-. Las mujeres... hacen cosas ante la muerte del esposo. La viuda Finn, por ejemplo. Desde que murió el doctor, se ha convertido en una verdadera especialista en botánica. Tendrías que escucharla...

—Es absurdo que la señora McNair lo hubiese cambiado sin decírselo a nadie —Víctor negó con la cabeza-. McNair pudo estar lo loco que quieras, pero alguien cambió ese vidrio.

Pablo se puso de pie, dio unos pasos, y se detuvo a pocos metros del banco. Miraba los bosques, que a esa hora parecían una gran masa oscura trepando la montaña:

—¿Qué querés decir? ¿Qué fue el gigante del bosque? —dijo Pablo, tratando de sonar gracioso, pero Víctor percibió cierta tensión en su voz.

—No es la primera vez que se oye de cosas así en el pueblo...

—¿Qué un gigante baja todas las noches? —dijo, algo burlón-. Vos me hacías creer eso, ¿te acordás?

—Estoy hablando en serio...

—Yo también —la expresión de Pablo cambió-, y creo que uno nunca sabe qué ocurre adentro de una cabeza enferma —dijo con firmeza, como si diese por terminada la discusión.

—Yo *creía* en esas historias...

—Por eso las creía yo también... —dijo Pablo asintiendo con la cabeza, y agregó: A mi hijo esos cuentos le fascinan. Cuando sea más grande comprenderá que... —la frase quedó en el aire, sin terminar.

—¿Que *eso* no existe? —agregó Víctor, pero a sus palabras les siguió un silencio, y se dio cuenta de que no debía insistir. En ese momento sentía que algo en Pablo le recordaba a su padre:

—En esta época del año hay muchos animales sueltos.

—¡Yo los escuché papá, y no eran animales...!

Y no sólo a su padre. En distintas oportunidades había tenido la misma impresión con otros, en el pueblo. Por momentos todos parecían compartir una estupidez asombrosa.

—Vamos, pronto no se podrá ver nada —dijo Pablo-. Es hora de volver...

Salieron del cementerio. Se habían alejado unos pasos cuando, de pronto, Pablo se detuvo, volvió la cabeza en dirección al portón de hierro, regresó, y echando un rápido vistazo hacia el interior, se aseguró de que el cerrojo estuviese corrido.

Caminaban por el camino cercado de arces que bajaba hacia el pueblo cuando, a poco de andar, Víctor dijo:

Sergio Aguirre

-Alguien viene.

Pablo vio, a lo lejos, una silueta en el camino.

-Sí, alguien viene...

Cuando finalmente aquella figura se acercó, Pablo reconoció al comisario Belvedere. Con seguridad se dirigía al bosque para controlar sus trampas, y decidió que lo saludaría sin detenerse, para no ponerlo en la incómoda situación de que se viera obligado a decirles adónde iba, a esa hora, camino a la montaña. La caza estaba terminantemente prohibida en Crantock.

-Buenas tardes.

-Buenas tardes, muchachos.

El comisario Belvedere debía cruzar el cementerio y recorrer una buena distancia hasta la montaña. Instalaba sus trampas allí porque en esa zona del valle no había muchas granjas. Bastaba con que uno o dos lo vieran, como sucedió esa tarde, para que su actividad secreta quedara en evidencia. Prefería ser lo más discreto posible. Después de todo, él había representado la ley.

Hacía ya cinco años que estaba jubilado y, en verdad, pensaba Belvedere, tenía muy poco para contar de todo su tiempo como comisario de Crantock. Su trabajo había sido, en realidad, el de un buen vecino dispuesto a auxiliar a quien lo necesitase.

Se sonrió, incluso, cuando el doctor Denis, el médico que sucedió al doctor Finn, le dijo:

-Va a ser bueno para su corazón que se retire.

Caminaba casi en la oscuridad, cuando por fin entró al bosque, y la luna salió a recibirlo con su luz fría.

*El misterio de Crantock*

Comenzó a trepar la montaña como siempre, con cautela, lentamente, tratando de no agitarse. Calculó que aún le llevaría un buen tiempo llegar hasta las trampas. Aunque nunca las montaba cerca de los senderos, era peligroso dejarlas en el primer tramo de la ladera. Jamás se perdonaría si algún distraído, o un niño, llegase a poner el pie ahí, donde no había que pisar.

Al principio el suave resplandor de la luna le permitía distinguir por donde avanzar. Se abrió paso entre los matorrales y las ramas de los árboles, que esa noche tomaban formas caprichosas y relucientes. Más arriba descansó una o dos veces, para orientarse cuando las sombras del follaje no le permitían reconocer dónde se encontraba. Cuando ya estaba cerca de la primera trampa tuvo un ligero sobresalto. A un costado, entrevió en la penumbra una columna de hiedra que envolvía un árbol muerto. A la luz de la luna parecía un hombre. Continuó, sin embargo, su marcha, con la certeza de que estaba cerca, hasta que halló el lugar, o al menos uno que se parecía. Encendió la linterna que llevaba en la campera, y se agachó para iluminar detenidamente debajo de los arbustos.

En ese instante todo el bosque se estremeció.

Instintivamente levantó sus brazos para protegerse. Escuchó el crujido de las ramas, sobre su cabeza y un leve temblor de la tierra bajo sus pies. Duró apenas un segundo, o dos. Levantó la mirada, incapaz aún de reaccionar, ni de preguntarse qué estaba sucediendo, y entonces vio que los arbustos, los árboles, las ramas, el bosque entero se había deformado y ahora se mostraba

Sergio Aguirre

con proporciones monstruosas, irreales. Retrocedió para escapar, pero ante su propio movimiento todo el conjunto se movió, a su vez, provocándole un vértigo que lo paralizó.

Fue un segundo, antes de que aquello se elevara delante de sus ojos. En ese instante, demasiado tarde, reconoció su forma, y no lo pudo soportar.

1994

Y a era noche cerrada cuando Franco, el menor de los hermanos Ferraz, atravesó la cancela de la granja de los McNair. Esa tarde un vecino le había pedido que revisara una oveja enferma, y una conversación sobre cierta nerviosidad en los animales, que varios granjeros de Crantock habían notado algunas noches, hizo que lo sorprendiera el fin del día.

A lo lejos veía las luces encendidas en su casa y, como siempre, tomó un atajo cruzando por la granja de los McNair, que desde su muerte permanecía deshabitada.

Los Ferraz aún no lograban que les vendieran esa propiedad. Ahora pertenecía

Sergio Aguirre

a un pariente de los McNair que vivía en Escocia, el único heredero. Meses atrás habían intentado presionarlo con una segunda oferta, advirtiéndole de los riesgos si la casa permanecía sin cuidados mucho más tiempo. Pero eso no era cierto. Todas las instalaciones, aunque desiertas y sucias, se conservaban en excelente estado. "Es como si el viejo aún estuviese por aquí", había dicho asombrado uno de sus hermanos después de recorrerla, el último verano.

Atravesó el camino de entrada, bajo la espesa bóveda que habían formado las copas de los fresnos, a los costados. Un suave viento silbando entre el follaje era todo lo que podía oírse esa noche, hasta que llegó al final del camino, a pocos metros de la casa.

Fue cuando escuchó, con absoluta claridad, que la puerta se abría.

A la mañana siguiente Lucía amaneció mucho mejor de su dolor de espalda. Caminaba rumbo a "Los Alerces" lentamente y con paso regular, como le había aconsejado el doctor Denis. Las caminatas eran buenas para su salud, y eso la alegraba, porque no quería ni tenía otro modo de llegar a su trabajo. Y nadie, ni siquiera el doctor Denis, logaría que dejara la casa. Walter la necesitaba más que nunca. Desde hacía un tiempo lo notaba cansado y algo pálido. Aunque Peter fue asumiendo poco a poco las ocupaciones de su padre adoptivo, Walter insistía en estar al tanto de todos y cada uno de los negocios familiares y los asuntos del municipio. "Él es así", le decía ella a Peter cuando éste se quejaba del minucioso e

*El misterio de Crantock*

innecesario control que su padre ejercía sobre las tareas que ya eran de su responsabilidad. Le provocaba cierta ternura percibir las grandes semejanzas que los unían. Y esas mismas semejanzas, a su vez, la hacían temer por Peter. Se preguntaba si repetiría la vida solitaria de Walter, cuyo único amor y dedicación había sido para con el pueblo fundado por su padre. Esperaba, esperaba con todas sus fuerzas, que él sí encontrara una mujer que lo hiciese feliz. Que con Peter fuera distinto.

Recordó aquella noche, hacía ya muchos años.

Llovía. En "Los Alerces" hubo una cena de negocios y ella se había quedado para atender a los invitados y dejar todo en orden para el día siguiente. Era ya tarde cuando Walter la acompañó en auto hasta su casa. Durante el café se había bebido whisky, y Walter estaba relajado y de buen humor. Algo en la voz, y cierto brillo en la mirada lo hacían parecer diferente cuando detuvo el auto y sus ojos se posaron en ella un momento, antes de hacerle esa pregunta:

—*¿Alguna vez le dijeron lo parecida que es usted a su hermana?*

Los breves instantes que demoró en cruzar el jardín y abrir la puerta de su casa fueron suficientes para comprender. Alma. Todos esos años Walter Crane había estado enamorado de Alma, su hermana.

Lo que había soñado y esperado en silencio desde que lo vio por primera vez en la iglesia, cuando ella era una niña, se deshizo con aquella pregunta. De pronto se explicaba la soltería de Walter, sus silencios, y por qué a veces la miraba de esa manera.

Sergio Aguirre

El destino era curioso. Lo único que quedaba desde entonces era la tristeza de saber que los tres habían transitado sus vidas en soledad.

Hacía poco más de un año había recibido una carta de su hermana en la que le avisaba que un problema de salud la obligaba a dejar sus funciones en el convento. Había pedido a la superiora de la congregación que le permitiese volver a Crantock para desarrollar tareas en la iglesia del pueblo que guardaba los restos de su hijo.

Después de treinta y siete años, Alma estaba de regreso en Crantock.

Caminaba por el centro del pueblo cuando divisó la casa de la señora Finn, y su jardín. Desde que su marido había muerto, ese pedazo de tierra era su obsesión y su consuelo. Era en verdad un jardín magnífico. Y allí estaba la señora Finn. Al verla, Lucía resopló con disimulo. Ahora tendría que detenerse unos instantes, y escucharla. Tratándose de la señora Finn, eso podía tomar un tiempo.

—¡Lucía! Quiero que veas algo...

—Este jardín continúa siendo una maravilla —dijo Lucía a modo de saludo, pero la señora Finn pareció no escuchar el comentario:

—¿Ves estas flores? —dijo, señalando algo desconcertada una mata de flores amarillas—. Yo no las planté. ¡Han salido solas!

—Oh...

—No entiendo cómo pudo suceder algo así...

*El misterio de Crantock*

—Bueno, a veces las semillas vuelan y una nunca sabe adónde van a ir a parar... —se alzó de hombros—. La naturaleza es así.

—Pero Lucía, ¡es una *Cuphea Strigulosa*!

—Ah...

—La busqué en los libros de Félix —la señora Finn frunció el ceño, intrigada—. Es muy extraño, porque no es una especie silvestre y...

Lucía no la dejó terminar:

—Lo siento, señora Finn, me encantaría quedarme un momento, pero estoy retrasada... —dijo mirando su reloj—. Aún debo hacer unas compras. ¡Nos vemos pronto! —agregó alejándose presurosa.

En "Los Alerces" Walter Crane abrió los ojos y miró el reloj. Eran las ocho de la mañana. No era su costumbre dormir mucho, pues permanecía en su estudio hasta altas horas de la madrugada, pero en los últimos tiempos notaba que sus horas de sueño se acortaban cada vez más. Bajó de la cama y, como todos los días, se detuvo frente al ventanal para contemplar el pueblo, allá abajo. Se encaminó hacia el baño, y cuando estaba a punto de tomar su ducha matinal, lo sorprendió aquel dolor en el brazo izquierdo, un dolor agudo, que cada vez se hacía más intenso. "Un infarto", pensó. Hacía treinta años su padre había muerto de un infarto, una mañana. Tratando de mantener la calma se dirigió hacia la puerta de la habitación. Entonces sintió como si algo dentro de él se partiese en dos, y allí mismo se desplomó.

Sergio Aguirre

-Se ha hecho todo lo humanamente posible. Lo siento señora, su hijo ha muerto.

-¡Oh, mi hijo...!

-Lo que tiene que hacer es tener otro hijo. Pero cuídalo, y si no tráigalo para que yo lo cure. Ahora hay que arreglar el asunto del velorio.

-Gracias lo mismo, doctora.

-Muy bien.

Las dos niñas taparon la caja de zapatos con el muñeco adentro y comenzaban a disponer las flores alrededor cuando se escuchó el auto que estacionaba frente al jardín de la casa.

-¡Papá!

La hija del doctor Denis corrió a los brazos de su padre. Cecilia tenía seis años y todos los días jugaba a la "Doctora Denis" con su amiga Julia, a veces paciente, a veces enfermera.

El doctor Denis regresaba de ver a Franco Ferraz, algo molesto y desconcertado. Se lamentaba de que en Crantock no hubiese un psiquiatra. Franco siempre le había parecido un hombre normal, saludable...

Dejaba su maletín sobre un sillón, cuando su mujer se asomó desde la puerta de la cocina:

-¿Pasa algo?

Esa mañana temprano, dos de los hermanos Ferraz los habían despertado para que el doctor fuese a su granja.

-Nada serio...—aunque el doctor Denis sentía la necesidad de hablar acerca de lo que había escuchado en la granja de los Ferraz, dudó un instante. Era un

*El misterio de Crantock*

pueblo pequeño, y su mujer... A pesar de ser la misma persona hermosa y sensible con la que se había casado, desde que se mudaron a Crantock, o tal vez desde que colaboraba en la parroquia, la percibía cada vez más interesada en el prójimo. Demasiado, por momentos.

-¿Estás seguro...?

Él la miró. Cuando algo lo preocupaba era inútil ocultárselo:

-Anoche hubo un... episodio.

-¿Un episodio? ¿Se pelearon?

-No, nada de eso —hizo un breve silencio, antes de continuar—. Se trata de Franco. Los hermanos dicen que anoche, cuando llegó a la casa, pensaron que se había vuelto loco. Les pedía que cerraran todo, puertas, ventanas... a los gritos: "¡Está ahí afuera!, ¡está ahí afuera!".

-¿Qué pasó? —preguntó ella.

Él hizo un gesto con las manos, como si no supiese qué contestar:

-En realidad... no lo sé. Puedo repetir lo que dicen los hermanos, y el mismo Franco, pero...

Ella se sentó a su lado; dispuesta a escucharlo, llena de curiosidad. El doctor Denis intentó ordenar mentalmente aquel relato antes de comenzar:

-Franco dice que anoche cruzó por la granja de los McNair, y cuando pasaba frente a la casa, oyó que la puerta se abría. Estaba muy oscuro, a esa hora, y no podía ver... Preguntó quién estaba ahí, pero nadie contestó. Entonces, según él, escuchó como si alguien forcejara con la puerta, ruidos en el marco, de algo pesado, que se movía, y después... nada.

La señora Denis escuchaba atentamente.

—Al principio creyó que estaban robando, aunque no entendía cómo, en esa oscuridad... Pensó en un animal, también, pero no había oído pasos... de ninguna especie. Se quedó ahí, atento a cualquier otro ruido... Lo único que llevaba encima era su navaja, y un encendedor. Como no escuchaba más nada, decidió acercarse.

—¿En la oscuridad?

—Los Ferraz conocen esa casa como si fuera suya...

En ese momento la señora Denis recordó algo sobre las intenciones de los Ferraz en comprar esa granja.

—Se detuvo antes de llegar a los escalones de la entrada, dice, y sacó el encendedor. Entonces vio, o creyó ver, que la puerta estaba abierta. En su lugar percibía el hueco negro del marco. Subió los escalones, la navaja en la mano, y entró. En la sala todo parecía estar en su lugar. Pero al darse vuelta vio que la puerta, que él creía abierta, no estaba... por ningún lado. La llama del encendedor se le apagó, y de repente, de nuevo ese ruido. Más fuerte y más cerca. Y de la nada, dice. Desde donde estaba percibía una especie de forcejeo, y *eso*, nuevamente moviéndose y golpeando cerca de la entrada. Dio un salto hacia atrás y empezó a gritar, hasta que escuchó que la puerta se cerraba de un golpe.

—Qué extraño...

El doctor inspiró profundamente, y agregó:

—Eso no es todo. Esta mañana, antes de venir aquí, los hermanos fueron a la granja de los McNair. Todo parecía en su sitio, salvo la ventana que Franco había forzado, como dijo, para salir de la casa. Por allí

miraron hacia el interior: no faltaba nada. Tampoco en el suelo encontraron otras huellas que las de su hermano. Sin embargo, cuando subieron las escaleras de la entrada y llegaron a la puerta...

—¿Había desaparecido?

—No, estaba ahí, en el mismo lugar de siempre, solo que... no parecía la misma. Dicen que se veía como si alguien la hubiese pintado o... fuese otra puerta. Una puerta nueva.

Ella permaneció en silencio, con los ojos muy abiertos. La ventana abierta dejaba entrar el murmullo de las niñas jugando.

—Yo no creo en ese tipo de cosas, lo que se escucha en Crantock, sin embargo... ¿pensás que...?

—Siempre hay rumores... ¿qué puedo decirte yo?

Su esposa, como si de pronto hubiese recordado algo, dijo:

—Alma Babor me contó algo, hace unos días, en la iglesia... Vos conocés a todas las personas de Crantock, ¿verdad?

—Bueno... diría que sí.

Ella lo miró:

—¿Cuántas Almas hay en el pueblo?

A esa misma hora, en "Los Alerces," Walter Crane escuchaba, por fin, los pasos subiendo la escalera.

Lucía apareció por el final del corredor, y al verlo tirado en el piso gritó:

—¡Walter!

Sergio Aguirre

Con un hilo de voz, él le ordenó:

-Llamá al médico... pero antes, debés avisarle a Peter. Que venga... ahora.

Lucía bajó las escaleras corriendo. Lo más importante era llamar al médico. Marcó el número y esperó:

-¿Doctor Denis?

Poco después Walter Crane se hallaba en su habitación. Una máscara de oxígeno le cubría el rostro. El doctor Denis, al pie de la cama, consultó su reloj. La ambulancia no debía demorar mucho más. Era urgente trasladar al señor Crane a la ciudad. En ese momento se abrió la puerta y entró Peter. Se acercó a la cama y tomó la mano del señor Crane, que abrió los ojos, y le dijo:

-Todo es tuyo. Entendés eso, ¿verdad?

-Sí señor.

-Y tuya es también la responsabilidad.

Peter lo miró casi sin expresión:

-Lo sé.

Ya cerca del mediodía, Alma caminaba de regreso a su casa después de concluir las tareas en la parroquia.

A poco de llegar levantó la vista hacia el bosque que se alzaba al pie de la montaña, detrás de su casa. Inmediatamente le sobrevino la imagen de ese árbol y desvió la mirada, apresurando el paso, hasta que abrió la pequeña puerta de hierro y entró a su jardín.

*El misterio de Crantock*

Aún la perturbaba lo que había visto semanas atrás, durante aquel paseo por la montaña.

Esa tarde le había llevado unos remedios a la viuda del comisario Belvedere, que desde la muerte de su marido ya casi no se levantaba de la cama.

Después de la visita decidió dar un paseo. Tenía el resto de la tarde libre, y nunca había subido por los senderos de aquella montaña, a la que se llegaba por esa misma calle, después de atravesar las granjas de los McNair y los Ferraz. A pesar de haber nacido en Crantock, pensó mientras caminaba, muchas regiones del valle le eran desconocidas.

Veía la cinta blanca del camino perdiéndose entre los campos que a esa hora parecían de terciopelo verde y, aquí y allá, una columna de humo azulado que se elevaba de alguna granja. El camino llegó a su fin, y se adentró en el bosque.

Fue a poco de subir, mientras recogía flores silvestres, que lo vio, en el tronco de aquel árbol.

El mismo corazón, con uno de sus lados deformé, y los nombres grabados adentro: Alma y Juan.

Aunque había decidido no mencionar aquello a nadie, al día siguiente en la iglesia la señora Denis percibió que algo le sucedía. Y consiguió, aún no comprendía muy bien cómo, que se lo contase. Era su única amistad desde su regreso al pueblo, y por alguna razón prefería no revivir con su hermana nada relacionado con aquella época. Después de hablar con ella se sintió aliviada. Pensó que su marido, el médico, podía conocer

alguna mujer con su mismo nombre, en Crantock. Tenía que tratarse de una muchacha, alguien joven, porque esa inscripción no era antigua. Se veía tan reciente como aquella tarde de verano, cuando ella tenía quince años.

—¿Está segura, Alma?

—No he olvidado ese árbol.

—Pero después de tantos años...

—Sin embargo era el mismo.

—Tal vez se ha conservado, eso es todo. A veces la naturaleza puede comportarse de una manera extraña, quién sabe. Quizás algunos árboles...

—Aun así, ese árbol no puede estar allí. ¿Sabe?, nunca olvidé esa tarde. Recuerdo muy bien que vimos el atardecer, al bajar de la montaña. Estábamos en el lado este de Crantock. ¿Lo entiende? El sol se pone por el occidente.

—¿Entonces...?

—El roble que vi hace unos días estaba en la ladera oeste.

## EL ÚLTIMO DÍA

10.00 h

*El día amaneció con gruesas nubes en el cielo, pero a media mañana el sol salió con todas sus fuerzas, después de una lluvia que había durado más de cinco días. Las casas abrieron sus ventanas para recibir el aire cálido después de tantos días de encierro, y en el pueblo se respiraba un ambiente ligeramente festivo. Una suave brisa corría desde el norte, y las hojas de los árboles, limpias y brillantes, danzaban a todo lo largo de la avenida principal.*

En "Los Alerces" Lucía depositó la bandeja con los restos del desayuno del señor Crane sobre la mesada de la cocina. Apenas

si había bebido un sorbo de té y mordisqueado una tostada. Eso era una mala señal. Hacía ya casi un mes que Walter había vuelto de la clínica y a pesar de que el doctor Denis había dicho que la evolución sería lenta, ella no percibía signos de que estuviese recuperándose, no como ella esperaba. Y no podía liberarse de la sensación de que Walter estaba preparando todo con la idea de que muy pronto moriría. Pero más que las largas charlas con Peter, a puertas cerradas, ninguna otra cosa la atemorizó más que el rostro del Padre Benjamín la tarde anterior, al salir de la habitación de Walter. ¿Fue una despedida? ¿Para eso Walter lo había hecho venir a "Los Alerces", para despedirse? La angustia la invadía. Trataba de ahuyentárla ocupándose de la casa de una manera casi obsesiva, pero seguía ahí, acechándola cada minuto.

### 11.30 h

*Las veredas estaban colmadas de gente. Las pequeñas tiendas habían levantado sus toldos y las señoras se detenían a conversar en la plaza o frente a los negocios disfrutando del sol estival. Desde una de las ventanas del municipio Peter observaba cómo los jardineros cortaban el césped. Ése era un día de mucho trabajo para ellos, después de tantos días de lluvia.*

A esa hora Lucía había terminado de limpiar la sala y la biblioteca. La casa estaba en silencio y todo se encontraba en orden. Se dirigió a la cocina, abrió la puerta de vidrio, y se sentó en uno de los bancos que miraba al parque.

"Todos, tarde o temprano, vamos a morir", fue lo único que dijo Alma, con su tono suave y resignado, cuando ella le confesó sus temores por la salud del señor Crane. A veces sentía el impulso de contarle todo, decirle que ella era la única mujer que Walter había querido en su vida, romper el silencio de todos esos años, pero prefirió no contestar. Le pidió en cambio que lo visitara esa tarde. Era lo menos que ella podía hacer por Walter. Desde el regreso de Alma él no la había visto. Al menos lo haría antes de irse de este mundo.

### 13.45 h

*En las calles del pueblo, ya más silenciosas, grupos de niños jugaban al escondite y a la pelota. En un momento se volvieron para observar el pequeño auto deportivo que avanzaba ruidosamente por la avenida.*

### 14.00 h

Después de retirar el servicio de la habitación del señor Crane y lavar los platos del almuerzo, Lucía se sirvió café y se sentó a la mesa de la cocina. A través de la puerta de vidrio abierta veía el jardín bañado por la intensa luz del sol.

Entonces se oyeron los golpes en la puerta.

Lucía frunció el ceño. No esperaban a nadie a esa hora. Dejó la taza de café al lado de la pileta, se quitó el delantal, y fue a atender. Al abrir la puerta, apareció ante ella un hombre joven vestido con un traje claro de verano. En su mano llevaba una maleta. Su rostro le resultaba algo familiar, ese hombre era...

Sergio Aguirre

-¿Orson?

-Buenas tardes.

El hombre entró a la casa. Pasó junto a ella con paso decidido y se detuvo en el centro de la sala echando un vistazo alrededor. Era Orson Crane, el sobrino de Walter. Aún conservaba la misma expresión altiva, algo desdenosa, que le conoció cuando era un niño:

-Puede decirle a mi tío que estoy aquí.

-Su tío está durmiendo.

-Bien, voy a esperar a que despierte, entonces. No queremos molestarlo, ¿verdad? -dijo apoyando la maleta en el suelo y sentándose en uno de los sillones de la sala. Lucía permaneció de pie, en silencio. Aquella visita la tomaba por sorpresa, y se sentía algo desconcertada. Finalmente dijo:

-¿Desea tomar algo?

-No, prosiga con sus quehaceres. De hecho... puede llevar mi valija a la habitación de huéspedes.

Lucía miró la maleta que Orson había dejado al lado del sillón, pero no supo qué hacer. Ella únicamente recibía órdenes de Walter, o de Peter. Y la presencia de Orson no era bienvenida. Entonces le oyó decir:

-Vamos, ¿qué espera?

16.00 h

*En los bosques la calma era absoluta. La luz del día apenas penetraba por el follaje en haces que, sobre aquel fondo oscuro, hacían resaltar los claros de hierba verde y fresca haciéndolos*

*El misterio de Crantock*

*parecer pequeños escenarios para los insectos y las gotas de agua que aún permanecían sobre los pastos.*

Apenas Orson entró en la habitación vio a su tío inmóvil en la cama enorme. Le pareció más viejo y encogido que nunca. Inmediatamente pensó que no le quedaba mucho tiempo de vida.

-¡Tío...!

El anciano abrió los ojos y lo miró sin contestar.

-¡Me alegro tanto de verte...! Me dijeron que te estás recuperando. Fue nada más que un susto, ¿verdad?

-¿Qué hacés acá, Orson? -la voz del señor Crane, aunque débil y seca, era dura.

-Me enteré de que estabas enfermo y... bueno, pensé que debía estar aquí. Somos la única familia, ¿no?

La mirada del señor Crane permaneció fija en el techo:

-Venís a ver si finalmente me muero.

-No puedes decir eso...

-Por favor -el señor Crane levantó apenas una mano-, no me interesa escucharte.

-Pero tío...

El anciano continuó como si no lo hubiera escuchado:

-Te voy a decir algo. He dedicado mi vida a Crantock. Éste es el pueblo que fundó mi padre y los Crane somos lo que somos por Crantock, y no voy a dejar que un imbécil que no hizo nada con su vida lo eche todo a perder. Es inútil que hayas venido. No estás en el testamento. Lo que queda de mi fortuna es de

Crantock, y no podés hacer nada al respecto, Orson. Ya dejé indicaciones. Peter se hará cargo de todo.

Orson abrió la boca para decir algo, pero Crane continuó:

—Y si te queda algo de cerebro, no creo que eso te sorprenda.

—¡Pero soy tu sobrino, tengo derecho...!

—A nada —lo interrumpió Crane, dando por terminada la conversación.

Orson se veía aturdido. Apenas alcanzó a balbucear:

—¿Puedo... puedo pasar la noche aquí?

—Hacé lo que quieras —dijo el señor Crane.

16.30 h

Rita Tossi se sentó en el pequeño y confortable sillón que había dispuesto para ella, al lado de la ventana, en la peluquería que ahora atendía su hija. Un ataque le había dejado paralizada la mitad del cuerpo, hacía unos años, pero con el tiempo había logrado recuperar parte de su motricidad. Y el habla por completo. Normalmente aparecía en el salón pasadas las cinco, pero esa tarde estaba particularmente intrigada con el auto que había visto pasar después del mediodía:

—Parecía uno de esos autos modernos. No me extrañaría que sea el sobrino de Crane. Estuve pensando en eso estos días... Con Crane enfermo esa sanguijuela debe estar preparándose para la herencia.

—Las herencias suelen ser algo complicado —comenzó a decir la señora Finn, que se estaba atendiendo en ese momento—. El abuelo de mi madre...

—Ahora vamos a ver qué pasa —la interrumpió la señora Tossi—. Conociendo a Walter Crane no creo que las cosas le resulten tan fáciles...

Orson se hallaba en la biblioteca. Se pasaba los dedos por el pelo, como siempre que se sentía desesperado. Sus manos temblaban. Se sirvió un whisky y se lo tomó de un trago. Desde chico contaba con esa fortuna. Había crecido con la idea de que no sobre pasaría los treinta años sin ser millonario. Él era Orson Crane, el heredero natural de Walter Crane. Ya tenía deudas a cuenta de la herencia. Y acababa de enterarse de que no obtendría nada. Volvió a llenar su vaso y lo bebió. Y después otro.

16.45 h

El sol bañaba las verdes laderas de los cerros y aquella luz dorada teñía todo el valle de un leve color bronce y anaranjado.

En los campos arados podían verse pequeños tractores que surcaban la tierra mientras los pájaros revoloteaban por detrás, remontándose en espiral y descendiendo para buscar alimento en la huella recién removida.

Peter acababa de llegar a la casa. Lucía le salió al paso:

—¡Peter! —lo llamó en voz baja.

Por el tono de voz, Peter sospechó que algo había sucedido.

—Orson está aquí —dijo Lucía.

Un leve movimiento de cabeza reflejó la sorpresa de Peter. Después miró escaleras arriba:

-¿Dónde está?- preguntó Peter.

-En la biblioteca.

-¿Mi padre lo ha visto?

-Sí, hace unos momentos subió a su habitación.

Peter guardó silencio un instante, como si tratara de ordenar sus pensamientos.

-Tengo que salir, pero antes voy a subir para ver si todo está bien -hizo una pausa-. Lucía, por favor: no lo pierdas de vista. Hay cosas de valor en la casa y... no me gustaría que ande solo por ahí.

Lucía asintió. Había escuchado muchos comentarios sobre Orson y sus líos con la policía. En ese momento se percató de que la puerta de la biblioteca, que hacía unos momentos estaba cerrada, se hallaba apenas abierta. Se dirigió a la cocina preguntándose si aquel hombre habría escuchado a Peter.

No vio cuando la puerta de la biblioteca se cerró lentamente.

17.00 h

*La campana de la iglesia dio la hora con sus notas claras y luminosas.*

Lentamente el pueblo retomaba su ritmo y ya podían verse autos y bicicletas por las calles y por los caminos que conducían a las granjas. Los negocios comenzaban a abrir sus puertas, y algunos sacaban sus reposeras y sillones a los jardines para gozar de aquella tarde de verano.

*Alma se aprestaba a salir a esa hora rumbo a "Los Alerces". No lo consideraba necesario, ni siquiera oportuno, dadas las circunstancias, pero su hermana había insistido en que visitara al señor Crane esa misma tarde.*

Cuando Peter bajó las escaleras encontró a Orson sentado en uno de los sillones de la sala. Orson se incorporó casi de un salto y salió al encuentro de Peter con gesto desafiante:

-¡Aquí está Peter! O mejor Pedro, Pedro... ¿cuál es tu apellido? Ya no importa. Podés cambiártelo por Crane, ahora que vas a heredar la fortuna del viejo.

Peter pareció a punto de contestar, pero guardó silencio. Su rostro se mantuvo imperturbable, aunque en sus ojos se leía un destello de desprecio:

-Trate de no terminar todo el whisky... si eso es posible -dijo como única respuesta, y salió.

Orson se quedó petrificado, de pie en el centro de la sala, y pensó: "Es un maldito igual que el viejo. Merece llamarse Crane".

17.15 h

*La siesta había terminado y un grupo de parroquianos, hombres mayores, fue a sentarse, como era habitual a esa hora, en las mesas del café, frente a la plaza. En la esquina, cinco o seis niños que parecían salir de una fiesta de cumpleaños, se apresuraron a cruzar la calle con sus globos en medio de un griterío.*

Sergio Aguirre

Peter entró a su despacho y vio un bollo de papel en el suelo. Como a su padre, esas cosas lo irritaban. Con un movimiento energético, se agachó para recogerlo. Los lentes se le deslizaron y en un acto instintivo trató de tomarlos con la mano, pero no hacía falta. Habían quedado suspendidos del cordón que los sostenía a su cuello. Respiró profundamente. Llevó una mano al cuello para tocar, sin motivo aparente, aquel cordón. Lo llevaba desde aquella noche de 1986. Recordó ese instante de pánico y alivio, al ver que los lentes habían caído en el bosque.

*"Cualquier accidente sería imperdonable"*, decía siempre su padre.

El temor a perder el control de las cosas se había exacerbado en los últimos días. Aunque no lo demostrase, se sentía intensamente angustiado. ¿Cómo podría con todo él solo, si su padre se moría?

—Supongo que ya está al tanto de que mi tío me pidió que pase la noche aquí —dijo Orson con una ligera sonrisa autoritaria—. ¿Tendré que esperar mucho más para que me muestre mi habitación?

—Sígame por favor —contestó Lucía.

Subieron juntos la escalera. Al llegar a un pasillo de la planta alta doblaron a la derecha, la dirección opuesta a la habitación del señor Crane. Se detuvieron frente a una puerta. Era un cuarto elegantemente amueblado. Las ventanas estaban abiertas y la maleta de Orson al lado de la cama.

El misterio de Crantock

El sobrino del señor Crane recorrió la habitación con la mirada, levantando una ceja, como si el lugar no fuese gran cosa:

—Espero que al menos esté limpia.

—Por supuesto señor —dijo Lucía secamente. Y disponía a retirarse cuando él le dijo:

—Voy a descansar un rato. No quiero ser molestado.

Apenas se cerró la puerta Orson tomó la maleta y la puso sobre la cama. La abrió y comenzó a buscar algo debajo de las ropas.

*"Hay cosas de valor en la casa"*. Aquella frase de Peter al pie de la escalera resonaba en su cabeza. "No me voy a ir de aquí con las manos vacías", pensó. Entonces sacó las ganzúas. No tenía tiempo que perder. Orson recordaba que el estudio de su tío, donde sólo él podía entrar, se hallaba en los altos de la casa. Lo que fuera de valor en esa casa estaría allí. Era cuestión de esperar el momento.

Sonó la campanilla de la entrada.

Abrió unos centímetros la puerta, y alcanzó a escuchar la voz de Lucía, desde la sala:

—Alma...

17.30 h

*A esa hora la señora Denis realizaba su caminata diaria. Le gustaba escuchar las risas y el rumor de las conversaciones resonando al aire libre. En la plaza, el césped recién cortado despedía un leve aroma fresco y exquisito. El aroma del verano.*

Sergio Aguirre

Cuando llegó a una de las esquinas se detuvo a mirar aquella escena; las casas de piedra y el sol bañando de luz los tejados y los cerros, que explotaban de verde antes de alzarse hacia las alturas, siempre blancas.

Lucía se detuvo a un costado de la cama:

—Señor Crane, mi hermana Alma se encuentra aquí. Desea saludarlo y agradecerle por unas donaciones... Por supuesto, si es oportuno.

Walter Crane parpadeó, algo sorprendido por la visita. Permaneció en silencio, antes de mirar a Lucía. Ahora sus ojos reflejaban una ternura inmensa. Sonrió. Era una sonrisa nueva, una sonrisa desconocida para Lucía. Extendió una mano para que ella la tomase entre las suyas, y dijo:

—No, no es oportuno...

Besó su mano, y sin dejar de mirarla, le dijo:

—Quiero pedirte perdón...

Lucía dejó escapar un sollozo:

—Walter...

—No llores —la atrajo hacia sí— Quédate aquí, a mi lado...

#### 17.40 h

Después de subir escaleras y recorrer un estrecho pasillo, en los altos de la casa, Orson encontró la puerta del estudio. Sacó las ganzúas, miró hacia atrás para cerciorarse de que estaba solo, y después de algunas maniobras en la cerradura, giró el pica-porreto.

*El misterio de Crantock*

Ante él se abrió un largo corredor en penumbras. Al fondo, otra puerta apenas entornada dejaba adivinar un recinto, iluminado por la luz del día. Entró, y con mucho cuidado cerró la puerta que acababa de forzar. Mientras sus ojos se acostumbraban a esa semioscuridad, escuchó un tenue correr de agua, como si algún grifo permaneciese abierto en algún lugar, allí dentro. Caminó lentamente, tratando de que las madejas del piso no crujiesen bajo sus pasos. A medida que avanzaba por el corredor veía en uno de los muros, sobre largos estantes de madera, una gran cantidad de objetos muy pequeños, cuya forma no alcanzaba a distinguir. Tuvo el impulso de tocarlos pero algo, tal vez la misma oscuridad, lo hizo desistir. Ya se encontraba próximo a la puerta entornada, cuando a través de la abertura alcanzó a ver que sobre una pared de aquella sala se proyectaba una sombra. Una sombra inmensa e informe.

Sin quitar los ojos de la sombra apoyó la mano en la puerta y la empujó lentamente.

#### 17.45 h

Lo primero que apareció ante su vista fue lo que parecía una colección de pequeñas pinzas, algunas tan finas como agujas, de formas extrañas. Estaban ordenadas sobre un carrito, como el instrumental de un cirujano. Avanzó. Esperaba encontrar cualquier cosa, menos lo que veía: una curiosa mesa de proporciones enormes sostenía, en uno de sus extremos, un gran montículo de tierra que se alzaba en medio del recinto. Los rayos

Sergio Aguirre

de sol penetraban oblicuos a través de los ventanales iluminando ese inmenso cuerpo cuya sombra acababa recortándose sobre la pared. Veía también, como hijos menores de ese mayor, otros montículos, más pequeños, dispuestos sobre los bordes de aquella mesada formando un gran círculo. Desde el techo, un complejo sistema de rieles sostenía un grueso vidrio suspendido sobre aquel espacio, que aún se hallaba fuera de su vista. Como si algo en su interior le indicase prudencia, se acercó lentamente a los promontorios de tierra. Más allá, los ventanales mostraban el valle de Crantock bajo la luz de la tarde. ¿Qué eran aquellas montañas? Eso eran. "Tienen esa forma", pensaba, cuando finalmente se asomó sobre aquel círculo y lo que vio le quitó el aliento. Por unos segundos permaneció allí, de pie, atontado por aquella maravilla. Y no le hizo falta mirar el paisaje a través de las ventanas para darse cuenta de que se encontraba ante una réplica, increíble y perfecta, de todo el valle de Crantock, con las montañas que rodeaban el pueblo y el Perimontu, el gran cerro, en uno de los extremos. Y en el centro, el pueblo. Podía ver claramente todas y cada una de las calles de Crantock, la iglesia, las casas, las granjas con sus sembradíos, los bosques espesos, y el río y sus puentes, corriendo por ese acueducto que atravesaba el pueblo y desaparecía entre la vegetación. Lo ponía en movimiento una pequeña bomba de agua, en el mismo nacimiento del río, que brotaba desde la base del Perimontu. Aquel vidrio que pendía sobre la maqueta no era otra cosa que un poderoso lente de aumento, al

*El misterio de Crantock*

que los rieles le permitían deslizarse en el aire. Lo bajó, y lo ajustó sobre algún punto del pueblo, al azar. Ahora veía un jardín, y dentro de ese jardín cada una de sus piedras, el césped brillante, los macizos de flores dispuestos alrededor del sendero que conducía a la vereda, el pequeño buzón en la entrada. Atravesando toda la imagen del lente, los cables del tendido eléctrico se mostraban nítidos, fijo cada cable al poste, bajo una pequeña campana amarilla, que enseñaba la diminuta conexión. Aquella miniatura se veía tan real, tan asombrosamente precisa, que no le hubiera sorprendido que por esos cables corriera electricidad.

Acercó su mano para tocarlos.

*Tomás Muro se hallaba en la puerta de su negocio. En ese momento pensaba que cerraría más temprano esa tarde para ir a cortarse el pelo, cuando vio que el poste de luz, frente a la casa de la esquina, se desplomaba en medio de la calle. ¿Qué había pasado?*

En su intento había volteado el poste.

17.50 h

*El padre Benjamín se levantó de la mesa donde acababa de tomar su té de la tarde y decidió que no iría a la plaza, como le había prometido a los niños. Se sentía abatido. Walter Crane había sido su amigo por cuarenta años, y desde su confesión, la tarde anterior, no lograba desterrar de su mente la impresión de que el mundo, tal cual lo conocía, había dejado de existir.*

*—Benjamín, voy a morir muy pronto —le había dicho. Su voz sonaba extraña.*

*—Pero Walter, el doctor Denis...*

Sergio Aguirre

*—Es mi cuerpo y me doy cuenta —lo interrumpió—. Por eso te llamé. Como sacerdote.*

*Una expresión de sorpresa se dibujó en el rostro del sacerdote. Walter Crane, después de un breve silencio, dijo:*

*—Maté a un hombre. Yo maté a Juan Vega, es lo que tengo que confesar.*

*—¿Qué estás diciendo...?*

*—Digo, Benjamín, que yo maté a Juan Vega.*

*Los ojos del sacerdote comenzaron a recorrer los distintos objetos del cuarto, como si allí pudiera encontrar alguna explicación para lo que acababa de escuchar.*

*—Sos la única persona a la que puedo decírselo. Esto es una confesión.*

*Como de una película vista mucho tiempo antes, aquellas imágenes cruzaron la mente del padre Benjamín. El rostro de Juan Vega, sus gestos violentos, la cabaña en cenizas, las palabras del comisario: "Un lamentable accidente...", una cena en casa del señor Crane, esa misma noche...*

*—Pero... ¿cómo?*

*—Lo electrocuté. No importa cómo.*

17.53 h

En ese momento Orson entendió para qué servían las pinzas. Atrajo el carrito hacia la mesa, tomó una, y ajustó el lente en el centro del pueblo. Con una nitidez abrumadora aparecieron los ornamentos de la iglesia; las molduras, los relieves, la pequeña cúpula con la cruz de bronce en el vértice y los apóstoles, a cada lado, con sus rostros de piedra mirando al vacío. A través del lente vio cómo aquel instrumento

que ahora veía enorme, como pinzas de una grúa, se acercaba hacia una de las figuras.

*En los techos de la iglesia, la cabeza de San Pablo Apóstol giró hacia la izquierda para desprenderse del cuerpo de piedra al que estaba unida y se elevó hasta perderse por los aires.*

Apoyó la cabeza de aquella estatua en la mano. A simple vista era casi invisible, apenas un grano de arena. Volvió al lente, y mientras lo hacía correr seguía observando, aún sin salir de su asombro, la increíble exactitud con que ese modelo reproducía todos y cada uno de los objetos del pueblo. La idea le hizo echar la cabeza hacia atrás. Por un momento tuvo la impresión de que si continuaba observando aparecería alguno de sus habitantes moviéndose allí mismo.

17.55 h

*Peter observaba cómo paseaban los vecinos por la calle y por la plaza. Se había asomado a la ventana de su despacho; necesitaba tomar aire fresco mientras consideraba si debía volver a la casa. La llegada de Orson era una mala noticia. "No te preocupes, nosotros vamos a estar bien. Es necesario que vuelvas al trabajo. Ahora, más que nunca, ése es tu lugar", le había dicho su padre hacia un momento. A Peter se le llenaron los ojos de lágrimas*

*"Éste es el lugar", fueron las palabras de Walter Crane aquella tarde, antes de abrir la puerta de la única habitación de la casa a la que no le estaba permitido entrar. Hasta ese día.*

*Peter acababa de cumplir dieciséis años, y habían regresado de una larga caminata por el bosque. Por primera vez su padre le relató los orígenes de Crantock, de cuando Jeremías Crane y aquel pequeño grupo de escoceses atravesaron el océano en busca*

*El misterio de Crantock*

Sergio Aguirre

*de un futuro nuevo, la larga travesía a lo largo del país hasta llegar a ese insólito valle donde decidieron establecerse, a pesar de los crudos inviernos de los que también huían.*

*Lo recorrieron durante varios días para observar el comportamiento de la luz, los vientos, y la calidad de la tierra en aquel paisaje, y fijar así el lugar más conveniente para levantar el pueblo.*

*Un día Jeremías Crane se alejó del grupo para explorar con detenimiento los distintos puntos de la región, como era su costumbre. El sol aún no se había escondido tras las montañas cuando se sentó a descansar en el sitio donde después, supo esa misma tarde, construiría su casa. Tal vez como un resabio de sus interrumpidos estudios de arquitectura, o por su ansia de fundar el pueblo que se llamaría Crantock, solía dibujar, donde estuviese, pequeños mapas, esbozos de sus calles, de sus casas, de cómo lo imaginaba. Esa tarde, cuando apoyó su navaja en el suelo, y al tiempo que trazaba la primera línea, aquel sonido lo distrajo. Alzó la vista y vio, a cierta distancia, más abajo en el valle, que un gran surco, con la forma de su dibujo, se había abierto en la tierra. Con la mirada fija en aquel punto consideró, con toda la serenidad de la que era capaz, que estaba alucinando.*

*Permaneció allí hasta que la noche ya no le permitió ver. Con la poderosa sensación de que algo le había sido revelado, ensayó los primeros movimientos de lo que sería la razón de su vida. En los días sucesivos demarcó aquel espacio mágico. No ocupaba más que unos pocos metros y abreviaba el valle en su totalidad. Era ése el lugar. Tal vez el único en el mundo. Y él, Jeremías Crane, estaba ahí.*

*Fue así como comenzó todo.*

"Si hay algo de valor debe estar aquí. Por algo el viejo lo tiene cerrado siempre bajo llave", pensó Orson.

*El misterio de Crantock*

mientras se alejaba de la maqueta y recorría el lugar en busca de algo similar a una caja fuerte. Pero ese lugar se parecía, sobre todo, a un taller. Sobre las paredes llenas de estanterías había herramientas de diferentes formas y tamaños, potes de pintura, cajitas cerradas que, imaginó, contendrían otros objetos. Dentro de vitrinas, exhibidas como una pequeña colección de juguetes, veía una cantidad infinita de miniaturas, al parecer clasificadas por especies, árboles, arbustos y flores de diferentes tamaños. En un rincón, cerca de la puerta, divisó un pequeño escritorio, con algunos papeles encima. Los revisó. Parecían cálculos, medidas, bosquejos, y algunas notas manuscritas. Tomó una, y la leyó:

Peter:

*Esta noche decidí trasladar más robles, tres para ser exacto, al lado oeste. Pensé que tal vez había demasiados en esa parte del bosque y era hora de mitigar el desastre que produjeron los Ferraz cuando decidieron utilizar esa parcela para pastoreo. Quisiera que inspecciones la zona cerca del mediodía y te asegures de que todo esté en orden.*

*Olvidé decirté que el tejado de la señora Goye se ha decolorado bastante. Tal vez sea momento de cambiarlo. ¿Lo podrías ver?*

*Tomás Muro este año ha decidido, por alguna estúpida razón, sembrar berenjenas en lugar de frutillas. No pude convencerlo de lo contrario. No tenemos semillas de berenjenas. Dejaremos esa parcela limpia. Que la naturaleza lo ayude.*

*Por favor: no olvidés controlar la bomba del río. Me preocupa que pueda suceder lo mismo que en el '77. De todos modos pienso que será mejor, para la próxima gran nevada, cambiar todo el sistema.*

*Está amaneciendo y salgo en una hora. Estaré de regreso el fin de semana, si no se presentan complicaciones.*

*No permitas que Lucía vuelva caminando a su casa. Está haciendo mucho frío. No importa cuánto insista.*

*Tu padre*

18.00 h

Al principio Orson miró la nota algo intrigado. Después, como si no tuviera ninguna importancia para él, volvió a dejarla sobre el escritorio. Giró la cabeza para contemplar, una vez más, la maqueta. ¿Cuánto habría pagado su tío por aquel capricho? ¿Qué podría pagar él con lo que había costado ese juguete del viejo? Entonces reparó en el telescopio. Medía más de un metro de longitud y estaba apoyado junto a uno de los ventanales. Calculó cuánto podrían darle por algo así, un ejemplar costoso, sin duda. Pero iba a ser imposible sacarlo de la casa sin ser visto.

Se quedó de pie un instante, mirando todo el lugar, ya sin ningún interés: "Aquí no hay nada de valor para mí", pensó. Los músculos de su rostro se tensaron, transformando su expresión. Los efectos del alcohol comenzaban a disiparse, y volvía a la realidad: se había quedado sin fortuna, sin nada. Iría a la cárcel, probablemente, o algo peor. Su tío era un viejo miserable. Todo su dinero iba a parar a ese maldito pueblo y a sus juegos de anciano rico. Dio un paso hacia la maqueta.

*"...Y no podés hacer nada al respecto, Orson".*

"Nada", murmuró para sí, y sintió que el odio se apoderaba de él.

-Al menos vas a ver lo que hago con tu juguete...

Estiró un brazo y tomó el telescopio. Lo empuñó con sus dos manos, se acercó a la maqueta, y con los ojos brillantes de furia, lo alzó por encima de su hombro, como si fuera un garrote.

**Agradecimientos:**

A Liliana Macchione, Fernando Cittadini, Lilia Lardone, María Teresa Andruetto, Ana Simonetti, Perla Suez, Antonio Santa Ana, Patricia Bargero, Miguel Sánchez y Jacqueline Vadori, a todos, por su apoyo y generosidad.

**FOTOCOPIADORA ZYD**

**LAMADRID 920**

# El misterio de Crantock

Sergio Aguirre



El rumor de que en Crantock ocurría algo que escapaba a la razón y a la naturaleza siempre se mantuvo vivo entre sus habitantes. Pero era tan apacible y generosa la vida en aquel lejano valle del sur, que nada hacía esperar el curioso final que tuvo el pueblo de Crantock, esa horrenda tarde de enero.

CC19106

ISBN 987-545-168-1



9 789875 451681